

GUGLIELMO FERRERO

LA UNIDAD POLITICA.  
DEL MUNDO



Biblioteca de Ideas y Estudios contemporáneos

GUGLIELMO FERRERO

---

La unidad política  
del Mundo

TRADUCCIÓN DE

MARCIAL AGUIRRE



LIBRERÍA y PAPELERÍA  
MATA Y GENTELL  
SAN SALVADOR C. A.

M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

MADRID



ES PROPIEDAD

I

LA UNIDAD DEL MUNDO

Las generaciones trabajan en las tinieblas; desconocen su obra, y solamente cuando la historia está terminada es cuando los hombres pueden volverse, mirarla como espectadores y comenzar a comprenderla. Sin saberlo, la humanidad trabaja desde hace cuatro siglos en la más gigantesca de sus obras: la conquista y la unificación de la tierra.

Esta conquista comenzó hacia fines del siglo XV, cuando Colón se aventuró sobre el océano con algunos navíos y descubrió América. Hasta entonces la humanidad no se conocía a sí misma y tampoco conocía el planeta que le había sido asignado por morada. Desconocía su forma verdadera, así como las razas y los pueblos que lo habitaban. Los miembros



de la familia humana vivían cada cual por su lado, conociéndose muy poco o nada, todos separados, aislados por las montañas, los desiertos o los océanos.

Después del descubrimiento de América, la humanidad comenzó a tomar posesión de la tierra y, en cierto modo, a descubrirse a sí misma por las exploraciones, colonizaciones, emigraciones, conquistas, por el comercio, los tratados, la diplomacia, el Evangelio. Poco a poco los pueblos, las razas y los continentes aprendieron a conocerse. Desde hace cuatro siglos la tierra tiende poco a poco a formar un solo e inmenso cuerpo.

Lentas durante tres siglos, la conquista y unificación de la tierra han adelantado en el siglo XIX, cuando Europa y América se apoderaron del imperio del hierro y del fuego, cuando pudieron disponer del vapor y de la electricidad, de los ferrocarriles y del telégrafo. Al final del siglo XIX se podía afirmar ya que el hombre conocía y poseía virtualmente el globo entero. Los raíles y los cables telegráficos eran los nervios de la tierra hecha un gran

cuerpo. Sin embargo, esta unificación no se ha cumplido sin una extraña contradicción. Cuanto más se unificaba el mundo en su propio conocimiento, más diferentes se sentían sus partes en el idioma, la religión, el modo de conocer la vida, la moral, los intereses. Mientras los pueblos y los miembros de la familia humana vivieron aislados, reunidos por pequeños grupos, pudieron ignorar las diferencias que les separaban y, por consiguiente, no amarlas ni odiarlas. El alejamiento y la ignorancia envolvían las diferentes agrupaciones humanas como zonas de indiferencia inaccesibles al odio y al amor.

Todo cambió cuando las ramas dispersas de la familia humana penetraron las unas en las otras. Se dieron cuenta entonces que eran distintas, y estas diferencias produjeron una atracción mutua al mismo tiempo que inspiraron una repugnancia recíproca. De la diversidad nacieron a un tiempo el odio y el amor. A ello se debe que la unificación del mundo se efectuara a la vez por el Evangelio y por la espada, por la fraternidad y por la exterminación, por un cambio de favores y por un cambio



de cañonazos. A medida que la unificación progresaba, la tierra se transformaba en un volcán de guerras y revoluciones. Durante los cuatro últimos siglos ha sido devastada por guerras y revoluciones de una importancia y violencia crecientes, hasta que por primera vez el género humano columbró, en medio de la más terrible de las guerras que jamás le atormentó, que sólo tenía un cuerpo y un alma.

¡ Cuántos seres, cuántas riquezas, cuántos Estados han perecido en la guerra mundial ! ¡ Cuántos dolores, furores, odios y espíritu revolucionario ha esparcido en las multitudes humanas ! ¡ Qué formidable explosión de ferocidad y de locura ha provocado sobre tres continentes !

¡ Pero qué impulsión ha dado al lento progreso de la unificación del mundo ! Cuando Alemania invadió Bélgica, el mundo entero, América y Australia, lo mismo que Holanda y Dinamarca, se sintieron amenazados y heridos en ese pequeño Estado aplastado por la fuerza de un gigante. Cuando el imperio ruso se derrumbó, los ricos del mundo entero, des-

de los banqueros de Nueva York hasta los rajás de la India, temblaron por sus riquezas ; todos los Estados del mundo, repúblicas y monarquías, democracias y aristocracias, vacilaron sobre sus bases.

Todos los pueblos del mundo han seguido la terrible lucha que tenía lugar en el corazón de Europa esperando algún bien o temiendo algún mal. Todos los pueblos del mundo han gozado y sufrido de sus ilusiones y desilusiones en la guerra y en la paz. Todos los pueblos del mundo y aquellos mismos que la guerra ha enriquecido sufren hoy la gigantesca destrucción de riquezas y del inmenso trastorno de las fortunas, causados por la guerra.

El mundo sufre hoy de insomnio porque Europa y Asia están enfermos. La inestabilidad de Europa, la sorda fermentación de Asia amenazan la máquina entera del universo. Si los pueblos se odian y más que nunca se temen, jamás tuvieron sin embargo tanta necesidad los unos de los otros. Todos son desgraciados porque se tienen miedo, se aborrecen y se echan de menos los unos a los otros cuando más necesitan todos de su vecino. Europa sobre



todo jamás estuvo tan desgarrada y más que nunca tiene necesidad de unidad.

La contradicción es trágica, terrible, monstruosa ; pero no la maldigamos. El destino quiere que la humanidad se funda no solamente amándose y ayudándose, sino también odiándose y desgarrándose. Desde hace cuatro siglos cada guerra ha producido una fusión cuando no aniquiló uno de los combatientes. La civilización universal, que mañana dominará la tierra, se prepara por esta trágica contradicción.

La unificación del mundo hecha por las exploraciones, por las colonizaciones, las emigraciones, las religiones universales, por las guerras, por el comercio, por la diplomacia, por los ferrocarriles y por el telégrafo debe conducir a una civilización de carácter universal. Un cuerpo único no puede vivir con varias almas discordantes y enemigas. El cuerpo ya casi unificado del mundo necesita un alma unida en la que se esparcirá armoniosamente lo mejor de todas las civilizaciones ya existentes : la moral cristiana, la industria y la ciencia occidentales, la anti-

gua sabiduría de Asia, la flor del arte europeo y oriental.

Vamos a estudiar a continuación el profundo trabajo de unificación en sus manifestaciones más oscuras y dolorosas.



## II

### CHINA Y EUROPA

¿Cuántos europeos saben leer el chino o lo hablan? Y, sin embargo, el idioma de un pueblo es la llave de sus ideas y de sus sentimientos. Desde que Europa se ha puesto en contacto con ella, la China entera no ha sido más accesible a nuestro conocimiento que su idioma.

Algunas traducciones más o menos fieles de cierto número de obras clásicas, los relatos de los misionarios, impresiones y notas de viajeros, he aquí todas nuestras fuentes de información.

Ignorando todo de China nos hemos contentado con una extraña explicación que hacía aún más incomprensible lo que quería explicar. ¡China sería



una civilización estacionaria desde miles de años! Esta idea está tan arraigada en nuestros espíritus que con la mayor naturalidad consideramos la revolución actual como el fin de un sueño secular. ¡El coloso dormido se habrá despertado!

¿Pero cómo un pueblo incapaz de cambio habría podido crear una civilización tan complicada y tan refinada? ¿Por qué los chinos habrían perdido, en cierta época, la fuerza de crear y de evolucionar si antes la poseían?

¡Qué enigma resultó ser la China para la Europa del siglo XIX! Difícil es saber hasta qué punto esta incomprensión era recíproca. Se tiene la impresión de que la *élite* china comprendió un poco mejor a la Europa del siglo XIX que ésta a China; pero esta comprensión parece haber sido más bien provocada por el temor y la necesidad de defensa que por la simpatía o la admiración. Hoy sobre todo, en medio de las ruinas de su antigua civilización confuciana, China asimila principios, ideas, nociones que siempre la repugnaron; pero es para defenderse contra Europa y América. Esta asimilación

no pasará probablemente de las necesidades de la defensa.

Si hasta hoy han habido dos mundos impenetrables el uno al otro han sido Europa y China. Y, sin embargo, esos dos mundos que se desconocen obran desde hace dos siglos el uno sobre el modelo del otro. Es una de las revelaciones más inesperadas y sorprendentes de la unidad del mundo.

Existe en el imperio celeste una escuela que afirma que China ha tenido una influencia decisiva sobre la revolución francesa. Un célebre y anciano escritor chino que conoce perfectamente Europa, aun siendo un ardiente tradicionalista, Ku-Hung-Ming, lo ha sostenido basándose en argumentos muy ingeniosos. ¿En qué ha consistido el esfuerzo de la Revolución francesa, continuado por el siglo XIX? En la sustitución de un concepto racionalista de la sociedad y del Estado a un concepto místico. Pero, ¿de dónde han tomado los europeos la idea de una sociedad organizada y regida por la razón? Ku-Hung-Ming no vacila en contestar: de China, de la vieja China de Confucio que era infinitamente más



racionalista que la Europa católica o protestante de antes de la Revolución. Siendo el confucionismo una doctrina de la vida y del Estado, basada casi exclusivamente sobre un análisis razonado de la naturaleza humana, los europeos comenzaron a darse cuenta en China, durante los siglos XVII y XVIII, de que una civilización próspera y un Estado sólido podían subsistir sin las continuas ingerencias de una religión organizada. Aunque un tanto paradójica esta tesis podría, en parte, ser verdadera. Los progresos del racionalismo en el siglo XVIII han tenido infinidad de otras causas; pero es muy posible que los ejemplos de China hayan contribuido también en ellos. Así se explicaría la gran curiosidad despertada en el siglo XVIII por las cosas chinas. Pero si China ha participado indirectamente en el gran trastorno europeo de fines del siglo XVIII, los papeles están hoy día invertidos. La Revolución china es obra de Europa. Aun conociendo poco y mal la antigua China confuciana, Europa consiguió destruirla.

La revolución China forma parte del gran acontecimiento que, desde la revolución de los jóvenes

turcos de 1908, trastorna Asia y Europa: el aniquilamiento del sistema monárquico. El comienzo de la crisis fué la caída de la monarquía china y la proclamación de la República en Pekín, en 1911. Pero, ¿por qué razón cayó en 1911 la monarquía china a pesar de la veneración con que todavía estaba rodeada y de la religión de fidelidad al emperador predicada por Confucio? Porque Europa y América, desde 1840, la arruinaban con los ejemplos y doctrinas al mismo tiempo que por las guerras que le habían hecho, por las humillaciones que le habían infligido, por los tratados que le habían impuesto. Mientras complicaciones diplomáticas cada día más graves y guerras cada vez más desgraciadas demostraban a China que el Hijo del Cielo no era ya capaz de defender su imperio, penetraban las ideas democráticas de occidente. Particularmente después de 1900, la rebelión de los boxers y la última invasión europea, las Universidades y las escuelas americanas abrieron sus puertas a un número creciente de chinos. Si, en el siglo XVIII, los europeos volvían de China con la idea de una socie-



dad que se gobernaba sin sacerdotes, los chinos traían de América el recuerdo deslumbrador de una democracia fabulosamente rica. Poco a poco, las doctrinas, secundadas por los acontecimientos y por las debilidades del antiguo régimen, hacían su obra.

Nadie ignora que los principios de la revolución china fueron modestos. En los primeros años se limitó a organizar una república parlamentaria a estilo occidental. La guerra civil, el cataclismo general, el esfuerzo de una gran parte de la humanidad para cambiar su historia, como lo hizo, entre 1789 y 1815 otra gran parte, en Europa, vinieron después a consecuencia de la guerra mundial y de la revolución rusa. Europa es quien tuvo la culpa. Mientras existió el imperio ruso las fuerzas revolucionarias chinas apenas se atrevían a moverse. El coloso eslavo, sus notorias ambiciones y el temor de proporcionarle el pretexto de intervenciones territoriales les detenían. Caído el coloso, Rusia fué una aliada de la revolución China y las fuerzas revolucionarias estallaron con un ímpetu incoercible.

Enorme, entorpecida, casi inexistente para el pro-

greso tal como lo entienden los países de occidente, la Rusia zarista era un elemento estático cuya importancia mundial se reveló al desaparecer. Toda Asia y parte de Europa conservaban sus antiguas instituciones, se resignaban a una paz y a un orden de los que no estaban satisfechas por temor al poder misterioso que, desde San Petersburgo intimidaba a dos continentes. Así, pues, la caída de este poder fué seguida por una dislocación general del sistema monárquico. Si los primeros golpes al sistema los dió Asia con la revolución turca de 1908 y la revolución china de 1911, el golpe decisivo se lo deparó la revolución rusa. Después de la caída de la dinastía moscovita, la monarquía se derrumba por todas partes: en Austria, en Alemania, en Hungría, en Turquía, en Grecia; el espíritu de rebeldía contra Europa invade toda Asia; el imperio turco se transforma en una república dictatorial y nacionalista que consigue arrancar a Europa el tratado de Lausanne; la revolución china destroza una de las más antiguas civilizaciones del mundo.



¡Cuán complejas son las repercusiones de los acontecimientos! Porque el imperio de los zares ha sido reemplazado por una dictadura revolucionaria, toda la tierra está intranquila.

En otro tiempo, la tierra tenía centros múltiples e independientes. Podían los imperios derrumbarse en Extremo Oriente sin que la cuenca mediterránea lo supiera; podían las naciones del Mediterráneo caer en plena anarquía sin que se preocupara de ello la lejana Asia. Ahora la tierra vive de una vida única, pese a la diversidad de las razas, de los climas, de las religiones y de las costumbres.

«Los acontecimientos interiores de los demás países no nos importan», se complacen en repetir los diplomáticos. Esta fórmula puede tener un sentido tras la puerta cerrada de las cancillerías; pero ninguno si se la lleva al aire libre de la vida real. Se podría afirmar, por el contrario, que nada interesa tanto a todos los pueblos como las crisis del poder, los golpes de Estado, las revoluciones que pueden quebrantar las bases del orden social en una u otra parte de la tierra. Entre las naciones ya no existen

destinos aislados; las repercusiones directas o indirectas de los acontecimientos de un punto a otro del globo son tan imprevisibles como inevitables; mientras sus partes luchan y chocan unas contra otras y a causa de estas mismas luchas, toda la tierra se encierra poco a poco en un sistema de solidaridades invisibles. Dentro de las catástrofes el mundo se unifica.

Pero los hombres no se han dado todavía cuenta de ello; creen estar en la época en que los pueblos, las civilizaciones, los Estados vivían por pequeños grupos en el aislamiento de los destinos respectivos; es más, creen, porque la discordia reina en el mundo, que jamás han sido más aislados y egoístas. Esta contradicción entre la realidad y el estado de los espíritus, este avance de los hechos sobre las ideas es una de las mayores dificultades de nuestro tiempo. Casi todas las decepciones de la guerra mundial y de la paz han tenido esta causa. En plena guerra y después sólo se han visto las consecuencias inmediatas de los acontecimientos; no se han calculado las repercusiones indirectas que eran con



frecuencia, en la unidad casi realizada del mundo, mucho más importantes y cada día se encontraba frente a una sorpresa nueva.

Hay que reconocerlo sin embargo: son la mayoría de las veces tan complicadas las repercusiones que resulta muy difícil si no imposible preverlas. En cambio se puede, volviéndose hacia el pasado, descubrir un lazo entre la revolución china, la ocupación de Egipto por Inglaterra en 1882 y la guerra de 1870. La revolución china, ¿no ha adquirido mayor intensidad por haberse derrumbado el imperio ruso? Y este imperio sucumbió porque los imperios germánicos consiguieron bloquearle durante la guerra mundial; y el bloqueo germánico no ha sido tan eficaz sino porque Turquía se alió a Alemania en la guerra mundial. Pero, ¿a qué se debe la gran amistad de Turquía para con Alemania durante los treinta años que precedieron a la guerra mundial? Fué debido a que Inglaterra ocupó Egipto, separando así las provincias asiáticas de su Imperio de las provincias africanas y porque Francia

se había aliado a Rusia, enemiga hereditaria del imperio del sultán.

Todo está ligado en la historia del mundo moderno. Pero, ¿qué espíritu podía prever consecuencias tan lejanas en el enredo inextricable de las ocultas solidaridades? ¿Debe, pues, concluirse que la unidad del mundo es una desgracia que nos expone a provocar, sin quererlo, catástrofes imposibles de prever?

Sería revelarnos contra la ley más profunda de la vida de la humanidad. Puesto que estas catástrofes, provocadas por nuestra imprudencia, aceleran la unidad del mundo, es que participan del plan providencial de la historia. Encuentran en sí mismas el correctivo saludable, desarrollando la unidad del mundo en la realidad y el sentido de esta unidad en los espíritus. A medida que este sentido se hará más fuerte y claro, volverá a dar todo su valor a una cualidad que los europeos y los americanos han estimado cada vez menos desde la Revolución francesa: la prudencia. Desde hace un siglo hemos confundido cada día más la prudencia con la temeri-



dad. La regla de acción en los grandes negocios del mundo ha sido, para occidente, no desechar ninguna ocasión de acrecentar nuestra potencia y nuestra riqueza; no vacilar jamás en derruir o trastornar el presente y el pasado en provecho del porvenir, buscar siempre el éxito inmediato no preocupándose sino de las primeras consecuencias. A medida que la conciencia humana se da cuenta de que en el mundo unificado las consecuencias lejanas de una acción pueden ser formidables, esta furia de la acción por la acción deberá calmarse y una lentitud prudente parecerá más oportuna que el ciego ímpetu.

La vieja China que desaparece en las llamas de la revolución hubiera podido darnos útiles enseñanzas sobre este punto. Tenía, según parece, hombres de Estado que se sonreían ante la precipitación de nuestras audacias y el ímpetu de nuestras ambiciones. Así debió ser aquel viejo mandarín que, hace unos diez años, después de escuchar un ardiente elogio de la Revolución francesa hecho por un hombre de Estado europeo, le contestó :

—Sí, la Revolución francesa ha sido un gran, grandísimo acontecimiento. Pero aún está demasiado reciente para juzgarla según sus efectos. ¿No sería más acertado esperar, para ver cuáles entre sus efectos son realmente definitivos?



### III

#### ABEL Y CAÍN

«Quiere usted unificar el mundo; pero mientras tanto llega la unidad del mundo, Europa es un volcán de odios nacionales: esta es la cruel verdad. Cada nación se cree Abel amenazado por Caín. Los amigos de la paz y las conferencias diplomáticas pierden el tiempo; ninguna fuerza de sentimiento o de razón podrá triunfar de estas enemistades indestructibles.»

He aquí una de las objeciones que los escépticos se complacen en repetir. Una especie de necesidad orgánica sería la causa de que los pueblos sean eternamente enemigos. ¿Y quién puede negar que, de hecho, gran número de pueblos en Europa están divididos por odios profundos y tenaces? Aunque



Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, a las que atribuimos la capacidad de amar y de odiar de sus individuos, no sean sino abstracciones vagas, estos odios colectivos existen en todas partes sin localización precisa y se manifiestan de cuando en cuando por ímpetus irresistibles : la guerra mundial lo probó. Pero si hoy pueden ser un peligro para la paz, ¿podría decirse que sean una causa permanente e inmanente de guerra? ¿No sería más justo ver en esos odios un efecto de las guerras que han ensangrentado Europa desde la Revolución francesa y relacionarlos no a una necesidad satánica de la naturaleza humana, sino a acontecimientos históricos de acción limitada?

Muchas personas han acabado por creer que los pueblos de Europa se odian por el mero placer de hacerse daño, porque las causas históricas de sus odios son con frecuencia difíciles de descubrir.

Tenemos un ejemplo de esta dificultad en los accesos de galofobia que estallan de cuando en cuando en Italia. Las fronteras elevadas por la naturaleza entre Francia e Italia son lo bastante precisas y ma-

cizas para que sean imposibles serias disputas. Desde 1815 hasta 1918, en el transcurso de un siglo, los dos países jamás se han hecho la guerra, a no ser la pequeña expedición de 1849, y hasta han sido aliados dos veces. Sería además exagerado decir que han estado en guerra antes de 1815, pues, en Italia, los ejércitos de la Revolución cruzaron las armas con el Santo Imperio. La única potencia italiana que opuso una resistencia metódica a la invasión ha sido el reino del Piamonte. Los ejércitos franceses no encontraron en Italia nada semejante a lo que les esperaba en España o en Rusia. En suma, la Revolución francesa reunió los dos países en una colaboración más o menos amistosa, más o menos estrecha en ciertos momentos; pero que jamás ha sido interrumpida. Los dos pueblos debieron siempre ser amigos desde comienzos del siglo XIX.

Y no es así. Mientras en el siglo XVIII no se encuentra en Italia huella alguna de galofobia, durante todo el siglo XIX la opinión italiana es sacudida periódicamente por accesos de furor antifrancés cuya violencia no guarda con frecuencia proporción con



los incidentes que los provocan. Estos accesos, aunque más débiles y raros, no han cesado todavía completamente y sorprenden a los franceses como si fueran enigmas sin solución. Si existe un sentimiento que les parece independiente de las contingencias, es precisamente esa galofobia de inexplicables arrebatos.

Pero sólo nos parece independiente porque hemos olvidado que hay que buscar la causa lejana en una reacción del espíritu nacional ya vieja de más de un siglo. Hay que remontar a los comienzos del siglo XIX y a los veinte años de régimen francés. Podría sorprender una reacción que, en cierta medida, continúa aún después de más de un siglo. ¡Bonaparte, la república cisalpina, el reino de Italia, Murat, parecen muy lejanos en la Historia! Pero sus efectos duran siempre. En esos veinte años todos los Estados del antiguo régimen desaparecieron en la península para dejar paso a nuevas creaciones: repúblicas o reinos. Toda la antigua organización sacerdotal y aristócrata de la sociedad italiana fué destruída; el poder y la cultura pasaron a otras

clases. Las fortunas fueron trastornadas; la Iglesia casi completamente despojada; muchas antiguas familias cayeron en la miseria; los nuevos ricos se multiplicaron; las antiguas industrias desaparecieron; las pequeñas poblaciones, tan prósperas aún en la segunda mitad del siglo XVIII, comenzaron a decaer en provecho de algunas grandes ciudades. Las poblaciones se encontraron de repente frente a nuevas obligaciones tal como el servicio militar y enormes cargas fiscales que debían ser compensadas por una nueva organización política que aquéllas no entendían bien.

Cuando intervino el Directorio en los asuntos de Italia no preveía tal trastorno. Bonaparte, cuando atravesó los Alpes, no tuvo semejante idea. Fué una sorpresa para todos: autores y víctimas; pero, ¡cuántos rencores iba a dejar tras sí! Esta inmensa revolución, venida del exterior que el país había soportado sin desearla, ni preverla, ni prepararla, había tenido sus víctimas y sus favoritos; pero si los primeros debían odiar a la nación que fué su instrumento esta nación no pudo contar con el agra-



decimiento de los beneficiarios en cuanto el régimen napoleónico se derrumbó.

Así es como nació en Italia la galofobia y se transmitió de generación en generación por el vehículo de la tradición literaria y política. Fué muy violenta en la generación que asistió a la caída de Napoleón y en la que le siguió; luego se atenuó progresivamente; pero no ha muerto aún. Ha resistido a las alianzas de 1859 y 1915. Puede parecer un capricho del odio colectivo; pero es un resto de acontecimientos históricos olvidados que sobrevive a su recuerdo.

Si esta supervivencia puede durar, desde más de un siglo, entre dos pueblos que jamás han sido enemigos y que dos veces han sido aliados, ¡cuán más profundos deben ser los odios entre los pueblos que durante el siglo XIX han estado en lucha permanente o periódica! Pero si estos odios son más intensos, su naturaleza no es distinta. Los pueblos tienen, como los individuos, cierta vanidad que los impulsa a atribuirse una superioridad real o quimérica sobre los demás. Y si esta vanidad puede engendrar antipatía u odio, estos sentimientos no pro-

vocan las guerras sino cuando los intereses políticos vienen a excitarlos. El peligro comienza entonces, pues a veces antipatía u odio son más fuertes que los intereses y al fin obran como causa de guerra por sí mismos.

Durante los siglos XVII y XVIII, Europa se parecía a la América de hoy donde existe entre los pueblos un inofensivo espíritu de rivalidad y antagonismo. Un argentino se burla fácilmente de un brasileño; un brasileño subrayará con gusto todo lo que puede ser dañino o desagradable para la Argentina sin que por esto pase por la imaginación de nadie ver en esta mentalidad un peligro de guerra. La vanidad de los pueblos en la Europa del antiguo régimen era aún menos viva que en la América contemporánea. Los pueblos se conocían menos y tenían menos contactos. Había entonces guerras; pero eran los Reyes, las Cortes, los Estados quienes combatían con sus soldados. Los pueblos eran espectadores.

Con la Revolución francesa, esta indiferencia desaparece. Las grandes guerras políticas provocadas



por la lucha entre la Tradición y la Revolución, entre el liberalismo y el absolutismo; entre los principios monárquicos y los democráticos, comienzan. Las grandes dinastías de Europa luchan con tanta obstinación contra Napoleón porque no quieren que haya, en el centro de Europa, una dinastía poderosa de origen revolucionario que reemplace el derecho histórico por el prestigio de la espada. Europa puede gozar de la paz entre 1815 y 1848, porque durante estos treinta y tres años las monarquías, grandes y pequeñas, unidas por un acuerdo sólido, están seguras de su poder y no necesitan prestigio militar para gobernar. Se reanudan las guerras después de 1848, porque el conflicto entre el absolutismo y el liberalismo, entre el principio monárquico y el principio democrático se intensifica. Mas para llevar a cabo estas guerras, los Estados deben movilizar los pueblos y sus odios, pues el sistema militar impuesto a Europa por la Revolución francesa ha transformado las antiguas luchas entre Estados y Coronas en guerras entre pueblos donde cada hombre es soldado, no por profesión, sino por deber cívico.

La sobreexcitación de los odios nacionales está ligada a esta gran transformación del sistema militar en el cual el honor y la aptitud profesional de los soldados del antiguo régimen deben ser reemplazados en parte por una explosión de pasiones groseras. Los pueblos no se han combatido porque se odiaban; se han odiado porque han debido de combatir.

La cuestión de la paz y de la guerra en Europa se reduce, pues, a saber si la gran lucha política que en el fondo encierran todas las guerras del siglo XIX ha llegado a un punto tal que un desarme de los espíritus sea posible, por lo menos entre los pueblos más poderosos de Europa. Pero ¿cómo dudar de ello cuando se comprueba que todas las revoluciones que, durante los primeros veinte años del siglo XX, han sacudido tantos tronos, del mar Báltico al mar Amarillo, forman una unidad?; que son episodios destacados de un gran movimiento histórico que tiende a colocar Europa y Asia en una condición análoga a la que se encuentra el continente americano, a dividirlos en un gran número de Estados, en su mayo-



ría republicanos, que, más ricos o más pobres, más grandes o más pequeños, se encontrarán políticamente iguales, cada vez más libres de todas las formas jerárquicas de tutela, de protección y de dirección recíproca; que hasta la Alemania de los Hohenzollern se ha cubierto con el gorro frigio de la libertad, y que la república alemana vacila cada día, pero que nunca cae; que asistimos a una enorme democratización del mundo, en la cual los grandes imperios desaparecen.

#### IV

##### LOS FALSOS ESPEJISMOS DE LA UNIDAD

###### *El dueño del Mundo.*

Muchos espíritus, ya lo sé, se rebelan contra estas afirmaciones. Tienen el sentido más o menos preciso de la unidad del mundo y de su necesidad; pero sólo la conciben bajo la forma imperial de una hegemonía extendiéndose poco a poco a toda la tierra. Ahora que la guerra mundial ha destruído la antigua supremacía de Europa sobre Africa, Asia, Oceanía y parte de América; ahora que ha puesto en peligro la *thalasocracia* inglesa, hay que preguntarse con ansiedad quién será el futuro dueño del mundo, y por qué esfuerzo de armas, de dinero y



de astucia diplomática hará valer sus derechos soberanos, pues el Mundo necesitará un dueño...

¿Serán los Estados Unidos los predestinados de la nueva era? Muchos sufragios van hacia ellos. Fabulosamente ricos, ya antes de la guerra, tenían entonces deudas con Europa. Hoy son los acreedores del universo y los capitalistas del mundo. La revolución rusa los libró de su más temible competidor en la producción de ciertas materias primeras de un valor inestimable: cereales y petróleos. Desde hace cincuenta años no solamente han trabajado mucho sino que también han estudiado con ardor. Poseen una gran cultura. Su potencia naval iguala casi a la de Inglaterra. Siendo en el mundo la única república democrática más que centenaria, han resuelto desde hace más de un siglo el problema en que apenas comienzan a ensayarse Alemania, Rusia o Italia. Ricos, poderosos, cultos, libres, dotados de instituciones políticas que han hecho sus pruebas, situados entre Europa que se desmorona y Asia que despierta por sobresaltos, parecen llamados a ser los futuros árbitros del globo.

Algunos se inquietan ante el misterioso Japón. La guerra le ha enriquecido, le ha llevado a ser uno de los tres dueños del Océano, y le ha liberado del monstruo moscovita que amenazaba devorarlo. En ciertos centros políticos e intelectuales se preguntan lo que ocurriría si el Japón consiguiera apoderarse de China, transformándola, bajo su dirección, en un gran Estado moderno. El planeta entero temblaría.

Otros esperan o temen una supremacía de Rusia. El enigmático Gobierno de Moscú goza ya, en la imaginación del Occidente, de una especie de ubicuidad diabólica. Dondequiera que estalle una guerra, una revolución, hasta un motín, en Bulgaria, en China, en Turquía, en Egipto, en Marruecos, se encuentra su acción, su influencia, su dinero, sus insecuestrables emisarios. En el drama de nuestra época hace un poco el papel del genio del mal destinado tal vez a sucumbir al correr el tiempo; pero mucho más activo y vigoroso que el indolente genio del bien. Los que le atribuyen esta ubicuidad suponen fácilmente que sueña con el imperio del Mundo, y que podría conquistarlo a través de un derrumba-



miento universal. La revolución francesa es todavía, para el espíritu moderno, un modelo del que los pueblos podrían, queriéndolo, sacar muchos modelos.

La guerra mundial, al tornar vacilante la supremacía de Europa, ha hecho un vacío en el Universo. Queremos adivinar qué supremacía nueva llenará este vacío, como si el Mundo estuviera destinado a vivir eternamente bajo la hegemonía de una potencia o de un grupo de potencias privilegiadas. Pero el Mundo, ¿necesita verdaderamente un amo? La supremacía de Europa durante el siglo XIX, ¿no habrá sido un acontecimiento aislado, una novedad de la historia destinada a desaparecer con las circunstancias que la hayan determinado?

Los Estados Unidos han llegado a ser una formidable potencia industrial, financiera y naval. Todo el mundo está de acuerdo en reconocerlo; pero no por eso queda demostrado que podrán tomar la dirección de los negocios mundiales. Si su riqueza es inmensa, el poder del dinero es limitado en los grandes negocios mundiales. El capital tiene su ley pro-

pia, va donde espera ganar más y no donde hay intereses políticos importantes que defender. Si bien puede, en cierta medida, ayudar a un Gobierno a alcanzar sus propósitos, jamás consiente en sacrificarse a exigencias políticas, y como medio de dominación tiene sus debilidades. El acreedor tiene cogido al deudor; pero éste a su vez tiene ligado al acreedor. Una potencia acreedora tiene entre sus manos un medio de presión sobre su o sus deudores; pero también está ligada a ellos por una solidaridad de intereses que pueden entorpecer considerablemente su acción política. No puede causarle daño sin perjudicarse a sí misma.

Para un europeo es difícil adivinar qué papel podrá representar en Asia el Japón, e, indirectamente, en el mundo. El Japón, que entró en la guerra como de potencia secundaria, salió de ella como una de las mayores. Sin embargo, se tiene la impresión de que en el campo de acción que más favorable debería serle, la China, tropieza con obstáculos invisibles. Razonando según las ideas europeas, todas las naciones esperaban ver al Japón aprovecharse de la



anarquía china para coger un buen botín. Y sin embargo obra en los asuntos chinos con una prudencia que sólo puede explicarse por imposibilidades ocultas a las apariencias engañosas del caos amarillo. La potencia y la debilidad respectivas del Japón y de China no deben ser tan grandes como nos parecen a nosotros, observadores lejanos y mal informados.

En cuanto a la hegemonía revolucionaria de Rusia, bien puede pertenecer a esos sueños que deleitan al intelectualismo occidental intoxicado de precedentes históricos. Las causas que dieron a la Revolución francesa un alcance mundial han sido excepcionales, como lo han sido las circunstancias que han producido el maravilloso desarrollo del siglo XIX. Por muy poderosa que sea Europa, no puede a un siglo de distancia hacer dos revoluciones de carácter universal.

La verdad fué adivinada hace veinte años por uno de los más ilustres defensores del imperialismo de la generación pasada, Lord Cromer, el procónsul inglés en Egipto: la civilización occiden-

tal es la negación del imperialismo a causa de la imposibilidad total y casi orgánica de hacerse obedecer, en la que se debate sin esperanza. Desde hace tres siglos el espíritu occidental sólo produce doctrinas críticas y hace revoluciones cuyo objeto es excitar todas las energías activas de los individuos y de los pueblos. La Reforma protestante, el desarrollo de la ciencia, las filosofías del siglo XVIII, la Revolución francesa, el sistema parlamentario, las doctrinas y las instituciones democráticas, la industria, América, han engendrado el individualismo anárquico que es hoy el hálito y el alma del Occidente, en la familia, en el arte, en la religión, en la filosofía, en el Estado, en la economía y en la vida social. Liberada de tantos lazos que la retenían, la energía humana ha tomado un vuelo formidable; pero los hombres se dejan más difícilmente gobernar. La cultura del Occidente es un poderoso vehículo de espíritu crítico y revolucionario que en Asia y África roe los Estados y los imperios fundados por el Occidente. Tan pronto como un pueblo se occidentaliza, se rebela contra Occidente.



## V

### LA TORRE DE BABEL

La contradicción no parece, ¡ay!, ser negable. A partir de la Revolución francesa, Europa es una torre de Babel donde la confusión de lenguas aumenta a cada generación. Pero jamás ha sido tan grande la confusión como después de la guerra que fué provocada para derrumbar la torre. Ocurre con el problema de los idiomas y de las nacionalidades como con el de la libertad. ¿Por qué, después de haber llamado a los pueblos a combatir por la libertad y por la independencia, después de haber saludado con tanto entusiasmo la victoria de la justicia y del derecho, las dictaduras se multiplican, el régimen del terror y de la intimidación se propaga



y las lamentaciones de las clases y de los pueblos oprimidos resuenan nuevamente, más fuertes que nunca, de un extremo a otro de Europa?

El enigma aparece oscuro a los numerosos Edipos que quieren contestar; pero ¿lo es tanto como parece? Los vencedores creyeron, en 1918, que la guerra había resuelto los dos problemas—el de la libertad y el de las nacionalidades—. Y por el contrario, no ha hecho sino suscitarlos, para ser resueltos si somos capaces de ello. Europa había creado, después de 1925, combinando el principio monárquico y el democrático, el principio dinástico y el nacional, un equilibrio muy ingenioso de derechos y de intereses. Gracias a este equilibrio, en toda Europa, excepto en Rusia y Turquía, todas las clases habían acabado por gozar de cierta libertad, y todos los pueblos de cierta seguridad en el ejercicio de sus derechos nacionales. La única excepción era Polonia, perseguida por un destino cruel desde más de un siglo. En todos los demás Estados, los derechos políticos de las clases más numerosas, así como los derechos nacionales de las razas excluidas de la

dirección del Estado eran limitados; pero dentro de su límite estaban bien garantizados.

Las revoluciones de 1917 y de 1918, y los tratados de paz de 1919, han destruído este equilibrio y las limitaciones que lo mantenían. Pero, ¿puede decirse que gracias a esta destrucción todas las clases y todos los pueblos han extendido sus derechos tan limitados bajo los regímenes de la vieja Europa monárquica? No. Han adquirido solamente la posibilidad de ejercer derechos más amplios sobre las ruinas de las monarquías desaparecidas. Gracias al sufragio universal, las masas han llegado a ser la fuerza dominante del Estado. Pero es preciso que aprendan a gobernar, lo que es más difícil y complicado que de derrumbar una dinastía. Muchas razas sometidas a la vieja Europa han sacudido el yugo de la autoridad monárquica; pero al mismo tiempo han perdido la protección que esta autoridad supranacional podía otorgarles contra las razas más fuertes.

Todo límite es un apoyo. Así ocurría con los límites que la vieja Europa monárquica oponía a los



derechos políticos de las masas y a los derechos nacionales de las razas. Hoy estos límites han desaparecido: las clases y las razas se encuentran frente a derechos mal definidos, en una libertad teórica que no es más que la posibilidad de luchar para extenderlos hasta la supresión de derechos antagonistas.

La tentación de abusar de ello, sobre todo en el dominio de las lenguas, ha sido grande para los más fuertes. Derrumbado el sistema monárquico, Europa se llenó de repúblicas que sólo pueden gobernarse, si no quieren caer bajo dictaduras militares, por el sistema representativo. Pero la unidad de las lenguas es mucho más necesaria a las repúblicas parlamentarias que a las monarquías constitucionales o absolutas. El sistema representativo no es de difícil aplicación, hasta en los países que poseen una antigua unidad de raza y de idioma, y todas las dificultades se multiplican allí donde se añade la diversidad de idiomas...

No es, pues, sorprendente que, en los nuevos Estados políglotas, se hagan tentativas para unificar rá-

pidamente la lengua, empleando la presión administrativa, es decir, la fuerza bajo formas múltiples. Desde hace cincuenta años, Europa ha perdido bajo la influencia de ideas y de doctrinas diferentes, la noción de lo que puede o no hacer la fuerza. La mística de la fuerza que tanto se ha reprochado a los alemanes durante la guerra, es una enfermedad general. Así se oyen en todas partes las protestas de los pueblos a los que se quiere obligar a abandonar el idioma de sus padres.

¿Necesita, pues, la unidad de Europa y del Mundo de la más horrible de las tiranías, la de obligar a los hombres a cambiar su idioma? No. Si en la unificación del Mundo la violencia tiene su papel, la violencia filológica es inútil, pues es una quimera. A nada puede conducir. Los pueblos cambian de lengua; pero espontánea y lentamente. Ninguna fuerza política o militar existe que sea capaz de constreñirlos. Es la única verdad universal y eterna que la historia puede garantizar, la historia de Roma sobre todo.

Roma hizo en su larga carrera una inmensa unifi-



cación lingüística. Comenzó por Italia. ¡Qué variedad de lenguas existía en la estrecha península mientras Roma no era sino una pequeña potencia de la Italia central! Poco a poco, el etrusco, al igual que el griego, los dialectos itálicos del centro, como los célticos del Norte, retrocedieron ante la lengua del pueblo que se hacía dominadora. Pero las dos características esenciales de esta gran transformación fueron la espontaneidad y la lentitud. Jamás se preocupó el Gobierno de Roma de favorecer el estudio del latín o de impedir el de las lenguas concurrentes. Ha dejado siempre obrar las fuerzas naturales, es decir, el interés de los pueblos sometidos, concediéndoles el tiempo necesario. En tiempos de Augusto, el griego era todavía hablado en gran parte de la Italia meridional. *Bilinguis Apulia*, dice Horacio de su país.

Con el imperio, el latín invade toda la Europa romana y el norte de Africa, apartando los dialectos y las lenguas nacionales a las provincias africanas, a España, Galia, Panonia y a toda la península balcánica. La parte de Europa donde se hablan ahora

los idiomas latinos ya no representa sino una porción del inmenso territorio donde, durante los primeros siglos del imperio, el latín había triunfado. Mas aquella victoria filológica había sido también lenta y espontánea. Jamás se le ocurrió a Roma la extraña idea de obligar por la fuerza a los pueblos sometidos a que hablaran el idioma del pueblo soberano.

Otra prueba de este gran fenómeno nos la da la historia reciente de ciertos Estados de Europa. Se sabe que parte de la Prusia actual, particularmente en las regiones del Este y del Norte, estaba poblada hace algunos siglos por eslavos. En el Congreso de Viena, Prusia era aún considerada como un Estado más eslavo que germánico. Parte de esas poblaciones polacas ha sido lentamente germanizada por un proceso natural de absorción, que resultó menos eficaz a medida que se acercó a la masa compacta de la Polonia histórica. En un momento dado, la nacionalidad polaca opuso una resistencia invencible a la germanización lenta y espontánea. Entonces, en la segunda mitad del siglo XIX se recurrió a la



germanización forzada ; pero su resultado fué sobreexcitar aún más el nacionalismo polaco.

Las leyes decretadas por Rusia y Prusia para desarraigar el polaco atestiguan de un modo decisivo de la inutilidad de semejante política. El fracaso alemán es particularmente demostrativo. Alemania podía, en su acción coercitiva, apoyarse sobre una profunda cultura. Si la fuerza pudiera ayudar a la inteligencia a desarraigar un viejo idioma, debió en esta ocasión conseguir un éxito resonante ; pero sólo logró disminuir la atracción que la cultura alemana hubiera ejercido sobre el espíritu polaco, de haberse presentado sin el cortejo de jueces y gendarmes.

Nadie ignora que el ser humano aprende casi sin esfuerzo apreciable su lengua natal, porque la aprende poco a poco, mientras que el estudio de un idioma de otro país es un trabajo penoso y fastidioso que exige esfuerzos de voluntad muy intensos. Si hoy día muchas personas realizan este esfuerzo, es que están guiadas por un interés o por una pasión : por el deseo de aprender, por ejemplo, o en vista de una ganancia material. Pero es pueril suponer

que millones de individuos se someterían a ello, sin pasión o interés, por simple amenaza.

Los pueblos sólo cambian de idioma lentamente y cuando encuentran en ello una ventaja apreciable, y la transición está siempre representada por un período en que la mayoría habla los dos idiomas : el más antiguo que va a abandonar y el nuevo que va a adoptar. *Bilinguis Apulia*, dice Horacio ; lo que significa que en su época el griego agonizaba en la Italia del Sur. Hoy el mismo fenómeno se reproduce en América. Entre los emigrantes llegados de Europa, la primera generación, la que llegó al Nuevo Mundo en la edad madura, habla bien su idioma nacional y aprende lo mejor que puede el inglés, el castellano o el portugués. La segunda generación, la que nació en el país, habla todavía los dos idiomas ; pero mientras habla bien el inglés, el castellano o el portugués, se expresa mal en la lengua original de sus padres. La tercera generación sólo conoce la lengua del país.

Sí, es cierto : en Europa central, particularmente, las lenguas y las razas están demasiado entremezcla-



Roma ha podido dar el idioma, las ideas, las costumbres a un gran número de pueblos porque sus súbditos jamás han buscado servirse contra ella de las armas que la civilización romana les proporcionaba. Pero ahora... Mirad lo que ocurrió en China el siglo último... Mientras China permaneció fiel a su antigua civilización; mientras resistió a los ferrocarriles y otras invenciones de la pirotecnia occidental; mientras continuó obedeciendo al hijo del Cielo y a hacerse gobernar por los mandarines, se sometió, sobre todo después de 1840, lo más dócilmente que pudo a la influencia, con frecuencia brutal, de Europa. La Corte y los mandarinos comprendían cuán peligroso hubiera sido resistir a potencias que consideraban como bárbaras, pero tan terriblemente armadas. Con la autoridad que tenían la monarquía y la burocracia imponían al pueblo los sacrificios de amor propio y de dinero necesarios para satisfacer los «diablos», los «bárbaros» de Occidente.

Así es como Europa y más tarde, a su ejemplo, el Japón han podido humillar, exigir rescates y de-

rumbar el viejo imperio sin correr serios riesgos. Pero después de la desventurada guerra con el Japón, las nuevas generaciones despiertan en China. Las ideas americanas y europeas penetran en las clases superiores, las vías férreas se multiplican, la gran industria se desarrolla, la monarquía cae, la vieja organización se desmorona. Al mismo tiempo, lo que llamaríamos la conciencia nacional, el deseo de independencia y de igualdad, el odio contra Europa, se generalizan y, caída la monarquía, estallan. A medida que China se europeíza, quiere ser un Estado independiente y libre, como lo son todos los Estados europeos grandes o pequeños. Cada vez es más evidente que Europa soñaba cuando creía que los orientales tomarían de nuestra civilización solamente lo que sirviera para enriquecernos más fácilmente a expensas de ellos transformados en súbditos dóciles.

Crear imperios en estas condiciones es como construir sobre arena movediza. El vacío producido en el mundo por lo que se podría llamar la deflagración del poder europeo no será llenado por ninguna hegemomo-



nía nueva. Vamos hacia un mundo sin centros directores, dividido en un gran número de Estados, grandes o pequeños, en el que cada cual vivirá por su cuenta, sufriendo cada vez menos la influencia política de sus vecinos. La última columna que aún sostenía el imperialismo europeo ha sido derribada con el hundimiento del sistema monárquico cuya iniciativa tomó Asia con la revolución turca de 1908 y la revolución china de 1911. Mientras casi toda Europa y toda Asia eran gobernadas por monarquías, grandes o pequeñas, absolutas o constitucionales, pero todas lo bastante fuertes para poder imponerse al sentimiento nacional de sus pueblos, los Estados podían ejercer fácilmente una influencia directora sobre los Estados más débiles por mediación de la Corte. Todo el sistema de influencia europea sobre Asia, lo mismo que toda la jerarquía de las potencias dirigentes y dirigidas en Europa, se apoyaba sobre la política dinástica. América del Sur, ya en el siglo XIX, escapaba a la influencia política de Europa y sólo sufría su influencia financiera e intelectual. ¿Por qué? Porque era gobernada por

república no ha sido en los dos países sino una máquina. Europa no encontraba en aquellas repúblicas ningún punto de apoyo para ejercer una influencia política.

Es lo que explica por qué en Turquía y en China la oposición a Europa tuvo por resultado la república. Al principio, en Europa se tomó un poco a broma la República de Angora y la de Pekin: se creyó ver en ello un remedo torpe de alumnos estúpidos que se aplican a copiar modelos para ellos incomprensibles. Pudiera ser que los republicanos turcos y chinos hayan sabido lo que hacían mejor de lo que suponían sus críticos de Europa. La república. Los grandes Estados monárquicos de quina de guerra del nacionalismo contra la influencia extranjera.

Tal es por lo demás casi en todas partes la función de las instituciones republicanas. La república es una forma de gobierno mucho más nacional que la monarquía, que, por su naturaleza, debe tender a una especie de cosmopolitismo o de universalidad superior a las variedades nacionales. Por este moti-



vo es por lo que entre 1815 y 1848, en el espléndido período de la monarquía, las dinastías fueron muy adictas al carácter supernacional, universal, europeo, del principio monárquico, y combatieron en todas partes el movimiento de las nacionalidades que despertaban con vagas aspiraciones republicanas. El ocaso de la monarquía comienza en Europa después de 1848, cuando dos dinastías—la de Saboya y la de Hohenzollern—procuran identificarse con dos movimientos nacionalistas, tomar su dirección y hacerse, como se dice hoy, «nacionalistas». La monarquía nacionalista era, entre dos fuerzas contradictorias, un compromiso artificial que no podía durar mucho y que en Alemania acabó en su inevitable solución. Guillermo I, siendo aún simple rey de Prusia, tenía razón cuando decía, en 1866, a Bismarck, a propósito de su intención de declarar la guerra a Austria con motivo de la cuestión del sufragio universal: «Pero es la revolución lo que me propone usted.» La república era la conclusión lógica de las premisas puestas por la política de Bismarck y

por la revolución de 1848, que permitió sostener esta política.

\* \* \*

No nos preguntemos, pues, quién será mañana el dueño del mundo, porque el mundo de mañana no pertenecerá a ningún dueño. Será dividido en un gran número de razas, de Estados, de civilizaciones, procurando cada raza, cada Estado y cada civilización dirigirse por sus propias fuerzas. Mas aquí se presenta inmediatamente una objeción con las apariencias de un invencible rigor. Esta pulverización de los Estados y de los pueblos, ¿no es lo contrario de la unidad de Europa y del mundo? En vez de unificarse el mundo, ¿no llegará a ser una nueva torre de Babel, con una segunda confusión de lenguas?



das. La variedad filológica se transforma con demasiada facilidad bajo la presión política en una escisión moral. El peligro es obvio e inquieta con razón a los espíritus clarividentes. El ideal sería que las lenguas acaben por agruparse en Europa en masas compactas, englobando territorios limítrofes. Mas esta unificación sólo puede ser obra del tiempo y de fuerzas históricas, actuando espontáneamente. Las fuerzas políticas son impotentes contra la maldición babélica que persigue al hombre desde el comienzo de la historia.

Será preciso tiempo, es decir, paciencia y libertad. La unidad de lenguas sólo puede nacer poco a poco de la unidad moral, destinada a aumentar en todas partes, a pesar de las luchas de odios, del aniquilamiento político y de la multiplicación de los centros dirigentes. No solamente Europa, sino el mundo entero, va a ser unido cada vez más por algunas ideas, buenas o malas, que se generalizarán bajo todas las latitudes y entre todas las razas. Citaré dos de estas ideas: la idea democrática y la idea de progreso. La idea de que el gobierno ha de

ser la expresión de la voluntad del pueblo tiene muchos adversarios en Europa. Italia está llena de jóvenes profetas, fervientes adeptos de Nietzsche, que predicán la cruzada contra esta doctrina, denunciada como una plaga destructora de la civilización. Si lo es, me temo mucho de que esté apenas en el principio de sus estragos. Aunque haya creado ya cierto número de gobiernos horriblemente despóticos, se extiende y agita a millones de individuos de razas diferentes con la inmensa esperanza de un porvenir mejor. Aunque acabara en una catástrofe general, el movimiento ha alcanzado en todo el globo tales proporciones, que las objeciones y las invectivas de las clases intelectuales de Europa no podrán ya detenerlo.

La idea de progreso, tal como la creó el siglo XX, comienza a penetrar en las profundidades de Asia. Es una idea sencilla y común, mucho más sencilla y común que la de la soberanía del pueblo, aunque esté menos atacada por los intelectuales europeos, pues se reduce al optimismo un tanto ingenuo de creer que todos los instrumentos que aumentan nues-



tra riqueza y nuestro poder nos hacen mejores. Es una idea que probablemente, en su ingenuidad, contiene muchos más peligros que la de la soberanía del pueblo; pero posee una fuerza de seducción invencible sobre el espíritu simple de las masas. No es sorprendente que se generalice hasta entre las antiguas razas del continente asiático, tan apegadas hace poco aún a tradiciones llenas de sabiduría más honda.

¿Quién podría decir si el mundo unificado por estas ideas será más o menos feliz que hace cincuenta años? La cuestión no tiene solución, y aunque se pudiera contestar no tendría, por lo demás, gran importancia. Las fuerzas que llevan hoy al mundo son tan enormes que nuestro deseo de dicha es incapaz de detenerlas o de dirigir las.

## VI

## EL PUEBLO SOBERANO Y SUS DOS VOLUNTADES

«Aunque acabara en una catástrofe general...», he dicho. Es cierto que la idea democrática es a la vez una de las fuerzas unificadoras del mundo moderno más poderosas y más peligrosas. Veamos por qué esta idea y todas las realidades que de ella dependen son al mismo tiempo una necesidad y un peligro. Será más provechoso que perder el tiempo con las eternas e inútiles discusiones en las que se complacen los partidos de izquierda y los de derecha.

La soberanía del pueblo es la doctrina del racionalismo político, que durante el siglo XIX ha desposeído todas las doctrinas místicas del Estado. Los



hombres jamás concibieron el poder sino como una delegación de Dios o como una delegación del pueblo. Estas dos delegaciones son los principios opuestos a los que corresponden, respectivamente, las doctrinas místicas y racionalistas del Estado; no hay otros principios, y los sistemas mixtos en que se ha querido conciliarlos en la realidad han suavizado a veces, sin conseguir ahogar jamás, su inconciliable antagonismo. Este antagonismo inherente a la esencia misma de los dos principios ha perturbado constantemente Europa durante el siglo XIX. A medida que la creencia en el derecho divino de los reyes se debilitaba, la soberanía del pueblo se afirmaba como una realidad actuando con más fuerza.

Este racionalismo político ya no está siquiera ligado a la incredulidad religiosa, pues puede muy bien aliarse hoy a la más robusta creencia en los dogmas de la religión. Las clases dirigentes del siglo XVIII, en los países católicos como en los protestantes, eran más incrédulas que las del siglo XIX. Pero esta incredulidad, hasta que sobrevino la Revolución francesa, no llegó a quebrantar seriamen-

te el derecho divino de los reyes. El movimiento filosófico que preparó el gran trastorno de fin del siglo nunca lo atacó francamente.

Durante la primera mitad del siglo XIX, parte de las clases elevadas, lo mismo en la Europa católica que en la protestante, se reconcilia con Dios. Mas el derecho divino de los reyes no consiguió ninguna ventaja de este renacimiento religioso. El fervor renovado con que muchos católicos y protestantes creían, después de 1815, en los dogmas de la Iglesia o en las doctrinas de Lutero o de Calvino, no les llevaba a creer también que una familia poseyera el derecho sobrenatural de administrar sin control todos los asuntos de su país. El sentido de la realidad y el espíritu de crítica despertaron demasiado en las clases superiores, hasta en las religiosas, para que no consideraran la política sino como un sistema de cálculos humanos y de pasiones profanas que no tenían ya nada de común con la fe, salvo el deber de respetar las leyes divinas. Las tentativas realizadas por la Iglesia católica para sostener el absolutismo en la primera mitad del si-



glo XIX fracasaron. La corriente de las realidades arrastraba a la época en el sentido opuesto.

Lamennais es el escritor del siglo XIX en el que este conflicto de la conciencia moderna—obligada a secularizar la política aun cuando ésta se enardecía de celo religioso—está más visible y dramático. Dos cuartillas escritas por él a diez años de intervalos nos enseñan, en poderosa síntesis, la mayor crisis política de nuestra civilización.

En 1823, en un artículo publicado para conmemorar la muerte de Luis XVI, Lamennais se expresa así:

«Que aprendan los reyes lo que son: *ministros de Dios para el bien*, depositarios de su poderío. De él lo han recibido y no pueden enajenarlo. La realeza es un verdadero sacerdocio político; no puede despojarse de él, como tampoco se puede del sacerdocio religioso. Uno y otro son divinos en su origen, en su objeto; uno y otro, aunque diferentemente, derivan de la misma fuente; se es rey como se es sacerdote, no para sí, sino para el pueblo, que se está llamado a conducir, a *salvar*. El poder jamás

deja de pertenecer a Dios; jamás deviene la propiedad del que lo ejerce. Un rey no es un hombre poderoso. ¿Qué es el poder de un hombre? Es, lo repito, el *ministro de Dios*; y, ¿lo diré en este día?, Luis XVI pereció por haber querido ser un hombre mientras le era ordenado ser rey.

»Y su muerte fué una calamidad, como jamás nación alguna experimentó una igual. Con él pereció la monarquía, y desde entonces hemos tenido la anarquía, el despotismo, todo, menos ella...»

Difícil es expresar con más fuerza y fervor la pura doctrina del derecho divino. Mas he aquí lo que escribía Lamennais diez años después, en el *Libro del pueblo*:

«Pueblo, escucha lo que te han dicho y a lo que te han comparado.

»Te han dicho que eras un rebaño cuyos pastores eran ellos: tú, la bestia; ellos, el hombre. Para ellos, pues, tu vellón, tu leche, tu carne. Puedes pacer bajo su cayado...

»Te han dicho también que el poder real era el de un padre sobre sus hijos siempre menores. Sin



libertad entonces, y sin prioridad, el pueblo, eternamente incapaz de razón, vive en una dependencia absoluta del príncipe que dispone de él y de todo como le place. ¡Nada más que servidumbre y miseria!

»Algunos sólo reconocen la fuerza como árbitro de la sociedad... ¡Pobre pueblo, te aplastan, te oprimen! ¿De qué te quejas? En tu cándida sencillez preguntas a la tiranía por sus títulos; pero ¿es que no los ves en todas partes? ¿Es que no ves esas bayonetas que relucen al sol y esos cañones que apuntan las plazas públicas?

»Otros han imaginado que el poder pertenecía de derecho a algunas razas de una naturaleza más perfecta o que Dios lo confería inmediatamente, sea a individuos escogidos para ciertos fines particulares, sea a familias destinadas a poseerlos perpetuamente... Han llamado a esto el derecho divino.

»Pueblo, cierra el oído a estas mentiras. Deja al impío blasfemar al Padre del género humano, y aprende a conocer sus leyes verdaderas, a conocer tu derecho para conquistarlo.

»Todos los hombres nacen iguales, y, por consiguiente, independientes unos de otros; ninguno, al venir al mundo, trae consigo el derecho de mandar. Si cada cual, originalmente, estuviera obligado a obedecer a la voluntad de otro, no existiría libertad moral...

»Mas la independencia personal y la soberanía son una misma cosa... Atributo sublime de la inteligencia, la soberanía de sí mismo o la libertad, forma el carácter esencial que distingue el hombre de la bestia sometida a la fatalidad y llevada por ella en la esfera de su existencia ciega, como los cuerpos celestes en sus órbitas rigurosamente determinados.

»Ningún hombre puede enajenar su soberanía, porque no puede abdicar su naturaleza o cesar de ser un hombre, y de la soberanía de cada individuo nace en la sociedad la soberanía colectiva de todos o la soberanía del pueblo, igualmente inalienable.»

El cambio es total. ¿Por qué a diez años de distancia el elocuente escritor transporta de Dios al pueblo el inalienable poder que es la fuente de la autoridad, con la misma lógica apasionada e intré-



pida hasta lo absurdo? Pues porque durante estos diez años la Revolución de 1830 derribó a los primogénitos de los Borbones. Un católico ardiente, prendado de todas las realidades invisibles—verdad, justicia, orden, autoridad—, podía aún reconocer en Luis XVIII y en Carlos X «ministros de Dios». Un largo pasado lo atestaba, y la sangrienta interrupción de la Revolución confirmaba su misión sobrenatural en el gobierno de Francia, a los ojos de todos los creyentes en la legitimidad. Pero ¿podía ver en Luis-Felipe un «ministro de Dios», un «elegido del Señor»? La profana manipulación que sobre las barricadas lo consagraba rey era demasiado manifiesta. París, Francia, Europa habían visto un banquero, el señor Laffitte, y un corrillo de parlamentarios y de financieros, coronar al nuevo rey no de Francia, sino de los franceses. Después de los acontecimientos de julio, la monarquía ya no era una institución sobrenatural, basada en un principio místico, sino uno de los numerosos instrumentos humanos de la política, ingeniosamente organizado para mantener cierto equilibrio entre las

fuerzas discordantes de una época trastornada. Mezclar el Espíritu Santo a estos juegos de equilibrio hubiera sido un sacrilegio. Y el alma ardiente del gran escritor, que buscaba la fuente de autoridad en un principio coherente y no un expediente contradictorio, se arrojó hacia la doctrina opuesta—la soberanía del pueblo—, la única que podía todavía satisfacer su ansia de lógica, de coherencia, de elevación.

El cambio del espíritu del mundo ha sido mucho más lento que el de Lamennais; pero ha obedecido a la misma lógica del realismo irreal que domina todo el siglo XIX. A medida que, después de 1848, la monarquía deviene un instrumento humano, apreciado según sus resultados, la doctrina de la soberanía del pueblo avanza sin vacilar hacia su conclusión postrera, lógica y absurda a la vez: el sufragio universal de todos, hombres y mujeres. Si el poder es una delegación del pueblo, ¿dónde se podría lógicamente reconocer hoy al pueblo si no es en la totalidad de los hombres y de las mujeres? Esta lógica del principio, tan imperiosa como va-



cía, ha democratizado más o menos, durante el medio siglo que precedió a la guerra mundial, a todos los Estados europeos, y llevó hasta a los más conservadores—el imperio de Austria, por ejemplo— a adoptar el sufragio universal. Ahora que la guerra y la revolución han barrido las más poderosas dinastías de Europa, el sufragio universal ha conquistado, casi sin darse cuenta de ello, la situación soberana que Lamennais le había otorgado en sus ardientes apóstrofes, después de las jornadas de julio. Desaparecidos los reyes, los pueblos, soberanos impersonales, fuentes sagradas de la legitimidad, deben mandar.

Más he aquí que el mundo se encuentra de repente ante una dificultad que jamás había sospechado.

El principio de la soberanía del pueblo es antiguo, pues remonta en la antigüedad griega y romana; pero los pueblos soberanos de la antigüedad se componían de *élites* limitadas de ciudadanos libres. En Roma, esta reducida *élite* era dominada por una aristocracia, verdadera *élite* de una *élite*. Las tradiciones, las leyes, las creencias religiosas, la igno-

rancia, la pobreza, la conciencia de la debilidad humana rodeaban de límites y de múltiples barreras la voluntad de ese soberano colectivo.

En Europa y en América, el sufragio universal es hoy el triunfo de la masa, del número, de la cantidad. Este soberano colectivo es una especie de monstruo, de enorme cuerpo y muy reducida cabeza, de garras a veces muy afiladas, que, habitualmente, vive en una torpe somnolencia, y se deja dócilmente conducir como un cordero por un niño. Sin embargo, a veces es presa de accesos de furor; entonces ruge, muerde, escupe fuego, y los más intrépidos domadores no consiguen calmarlo. Su inteligencia es limitada como la de un niño; para hacerle comprender cualquier cosa, es preciso simplificar todo, hasta las cuestiones que sólo son comprensibles en su complejidad. Se deja fácilmente deslumbrar, engañar y hasta espantar; pero su ignorancia alimenta el concepto que tiene de ser todopoderoso. No tiene ninguna idea precisa de las cadenas de bronce que ligan los actos de los hombres en este mísero mundo, esclavo de la causali-



dad; se imagina fácilmente que el error, la demencia, la ignorancia, el despilfarro, no podrán producir ninguna de las consecuencias que implican; se deja buenamente llevar por sus ilusiones y por la retórica de sus aduladores en el mundo de los sueños, donde basta desear una cosa para que se realice... Y nada hay ya que limite o dirija su voluntad errática: ni tradiciones, ni creencias religiosas o principios filosóficos indiscutibles, ni sólidas instituciones, ni necesidades reconocidas como superiores a sus fuerzas.

En estas condiciones muchos espíritus se preguntan si el Mundo podrá ser aún gobernado y de qué manera. El sufragio universal entregado a sí mismo, en el desorden actual del Mundo sin eje, les parece el caos constantemente amenazador, la posibilidad de sorpresas terribles. ¿Debe, pues, encadenarse? Es lo que aconsejan los partidarios de la dictadura. Mas no se vislumbra bien en qué se apoyarían esas dictaduras para imponer un remedio tan violento. Es imposible contener durante largo tiempo millones de individuos bajo el terror, pues

cuanto más violenta es la presión más rápidamente desgasta sus medios de acción.

Otros colocan su esperanza en una revolución intelectual y moral que derrumbaría la doctrina de la soberanía del pueblo. Si semejante revolución fuera posible y cercana, nos encontraríamos en uno de esos recodos de la historia que hacen fracasar todas las previsiones. El racionalismo político, hoy dominante, sería reemplazado por una forma nueva de misticismo; ¿quién podría prever los trastornos que acompañarían semejante cambio?

En vez de considerar hipótesis tan atrevidas, sería preferible, tal vez, preguntarse si, entre los problemas que la guerra mundial ha legado a los pueblos, no habría que contar también con la organización del sufragio universal. En Inglaterra, en Francia, en Suiza, en Alemania, ya antes de la guerra habían organizado los partidos las grandes consultas nacionales de este sufragio; pero la organización que antes era suficiente, ¿lo es todavía? ¿No debería perfeccionarse allí donde existe ya y crearse donde no existe, a fin de dotar el sufragio uni-



versal de una clarividencia, de una ponderación y de una coherencia menos desproporcionada a la misión que debe cumplir?

El porvenir de Europa depende de la respuesta que haga a estas dos preguntas. Mas la contestación no es fácil, pues para organizar seriamente el sufragio universal sería preciso también defenderlo contra sus desvaríos; procurar asegurar que la voluntad *profunda y permanente* de los pueblos triunfa siempre de su *voluntad inconstante y caprichosa*.

Estas dos voluntades existen también en los individuos. La voluntad permanente es la que nos empuja hacia los fines esenciales de nuestra existencia—nuestro trabajo, nuestra familia, nuestra misión social, grande o pequeña—. Pero esta voluntad permanente queda con frecuencia perturbada por pasiones pasajeras—amores, odios, ambiciones, rivalidades, entusiasmos—que, ordinariamente poco duraderas, tienen, sin embargo, la violencia de un ciclón. Estas pasiones son las que llevan a veces al hombre a cometer locuras que destruyen el efecto de su voluntad permanente. En el hombre

fuerte y cuerdo la voluntad profunda y permanente triunfa siempre de la voluntad pasajera y caprichosa.

Ocurre lo mismo con los pueblos. Una voluntad permante les ata a su misión histórica; pero también los pueblos son susceptibles de furores pasajeros, de accesos de amor o de odio, de ilusiones y de entusiasmos, que pueden desviarlos de su obra permanente y comprometer su porvenir para mucho tiempo. En el desorden en que yace el Mundo, estos accesos son más felices y peligrosos. El sufragio universal podrá llegar a ser, según el momento, el órgano de la voluntad permanente y sana o el de uno de los caprichos destructores.

¿Puede resolverse el problema? ¿Será posible crear junto al sufragio universal un sufragio más limitado, más escogido, más reflexivo, menos vacilante, que sea la expresión estable de la voluntad permanente y profunda del país? ¿Se llegará a conferir a los cuerpos salidos de este estreñido sufragio la autoridad que necesitan para corregir los excesos, las precipitaciones, las incoherencias del sufragio universal y de los órganos que lo re-



presentan, para resistir al sufragio universal cuando éste se deje cegar por un peligroso capricho o un entusiasmo pasajero, y para darle el tiempo de reflexionar y de volver en sí? ¿Se encontrará la roca firme que permanece inquebrantable bajo las incasantes fluctuaciones del espíritu público? Parece evidente que a una profundidad más o menos grande deba existir esta roca. Lo importante es alcanzarla.

## VII

### LAS NEGACIONES DE LA UNIDAD DEL MUNDO

#### a) *La cuestión de los océanos.*

A principios de 1914—¡generación privilegiada sin saberlo!—gozábamos de una de las mayores dichas: la paz en los mares. Por primera vez en la historia del mundo, desde hacía un siglo, los mares y los océanos eran la propiedad común, segura y tranquila del género humano. Los piratas habían desaparecido hasta de los mares más desiertos y salvajes; todos los mares, todos los océanos se abrían con igualdad a los navíos de todos los Estados, grandes o pequeños, poderosos o débiles. Sobre el mar todos eran iguales: los escandinavos y los ingleses, los descendientes de Arminius y los nietos de Ulises.



Importantes flotas de guerra se ocultaban en los puertos. Ocupaba el primer lugar en número y nombradía la flota inglesa. Luego venía la alemana, menos considerable, pero nueva, llena de ardor e impaciente de hacer sus pruebas. Seguían la marina americana, imponente por el número de sus navíos y la potencia de sus armas; la marina francesa, un poco lenta en acrecentarse, pero ilustre por sus tradiciones y recuerdos, compuesta de magníficos barcos y mandada por oficiales de gran mérito; la italiana, joven, un tanto desigual, pero plástica y creciente; la marina rusa, convaleciente aún de las heridas que poco antes le había infligido el Japón; la austriaca, reducida, pero sólidamente instalada en el Adriático. En fin, en Extremo Oriente, la menor de la familia, ya célebre y cubierta de laureles: la flota japonesa.

Mas todos esos ejércitos navales, a pesar de sus ambiciones y de sus rivalidades, se equilibraban entre sí pacíficamente, en la voluntad tácita común a todos los pueblos de respetar el mar como la gran ruta de la humanidad. En los libros

de los juristas y en los archivos de los ministerios dormitaba un derecho de guerra vago, confuso y más bien bárbaro; pero ¿quién lo sospechaba? El mundo vivía feliz en la seguridad de todos sus mares, explorados hasta sus bahías más distantes, limpiados de los últimos vestigios de la piratería, libres y abiertos a todos los pueblos laboriosos.

De pronto, un día, en 1914, se abrieron las puertas del Apocalipsis. Los mares y los océanos de todo el planeta se llenaron de amenazas, de defensas, de restricciones, de minas, de torpedos, de barcos visibles e invisibles. Dos potencias, como si el mar hubiese sido su propiedad, cerraron y sembraron de lazos la ruta común del género humano, regando a los neutrales el derecho de cruzarlos si no era en las condiciones por ellas impuestas: la una, amenazando de confiscación; la otra, de destrucción a los barcos que no obedecieran. El furor del combate consideraba bueno todo armamento, a condición de que hiriera. Mas los neutrales, obligados en adelante a navegar sobre mares sembrados de lazos, entre dos amenazas, se quejaron vivamente. La mayoría



de ellos, demasiado débiles, se inclinaron ante la fuerza; pero los Estados Unidos, para defender su comercio, entablaron con Alemania e Inglaterra largas y ásperas discusiones diplomáticas sobre el bloqueo, el contrabando, el empleo de los submarinos y los derechos de los beligerantes y de los neutrales en la guerra naval. Los países de la *entente* se enteraron apenas de las discusiones que surgieron en los primeros años de la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos acerca del bloqueo y del contrabando, y fueron aquéllas muchas y con frecuencia muy ásperas.

En 1915 y 1916 América estuvo en conflicto al mismo tiempo y por las mismas razones con Alemania e Inglaterra; de suerte que, lógicamente, debió declarar a ambas la guerra.

Obligada a escoger un enemigo o un amigo entre dos adversarios que se hacían mutuamente la guerra, América optó por aliarse al que fué más conciliador, más dispuesto a las transacciones y menos cruel y violento. Mas ¿por qué tomaba las armas si no por defender los derechos de los neutrales y

definir los derechos de los beligerantes en la guerra naval, o—como ella misma lo declaró—por la libertad de los mares? Se armaba, pues, no solamente contra Alemania, sino indirectamente también contra su aliada Inglaterra, porque los derechos de los neutrales que América quería defender habían sido negados no solamente por Alemania, sino también por Inglaterra, aunque de modo atenuado y en menor medida.

Esta contradicción es la llave de uno de los enigmas que más asombran a Europa: se la podría llamar el contrasentido de la intervención americana durante la guerra, que pesa sobre el mundo desde 1918.

Arrastrada en la lucha para defender la libertad de los mares, una vez terminada la guerra ¿a quién debió América reclamar el precio de su victoria? No a Alemania, pues habiendo perdido su flota ya no era de momento una amenaza en los mares, sino a Inglaterra, que ante la destrucción de las flotas rusa, alemana y austriaca y el debilitamiento de las flotas francesa e italiana, quedaba más poderosa que



nunca y completamente libre de usar y abusar de su fuerza en los mares. La libertad de los mares por la que combatió América quedaría en una palabra vana y sin sentido si Inglaterra no consentía en reconocer una ley de los mares y ciertos derechos inviolables de los neutrales. Después del armisticio, Alemania también pidió la libertad de los mares, y así, en las negociaciones de la paz, de enemiga que era resultó ser aliada de América contra Inglaterra.

Todo el mundo sabe lo que sucedió. Lloyd George preguntó al señor Clemenceau si la guerra hubiera sido victoriosa sin la flota inglesa. La pregunta no era tan sencilla como lo suponía el ministro inglés, y una contestación precisa hubiera podido acompañarse de muchas reservas condicionales. Sea lo que fuere, el señor Clemenceau contestó sin rodeos que no, y los océanos se cerraron al Congreso de la Paz, es decir, fueron abandonados sin ley o garantía, a merced del vencedor. Mas en el mar sólo había uno... Nadie lo vislumbró: el mismo presidente Wilson, después de intentar oponerse a la exclusión, se inclinó y calló; la tierra y el mar,

que durante la guerra habían sido unidos, se desligaron en la paz como si sus destinos fueran independientes. Habiendo abandonado los mares a Inglaterra, los hombres de Estado de América y de Europa se volvieron hacia la tierra, y todos juntos emprendieron la tarea de buscar cómo se podrían arreglar los asuntos europeos.

Mas, ante la sorpresa de todo el mundo, no triunfaron. Todos sus esfuerzos fueron estériles. Desde entonces la conducta de América es para Europa un enigma indescifrable. Se opuso a todos los planes y proyectos elaborados en Europa, aunque su jefe y representante los hubiese aceptado todos. En vano la invitaron a entrar en la Liga de las Naciones: contestó que no quería mutilar su soberanía. En vano se la convidó a concertar con Inglaterra un pacto de garantía a favor de Francia y del equilibrio europeo. El respeto, la admiración y hasta la simpatía que antes de la guerra sentía por Alemania no tardaron en renacer bajo forma de dinero sonante que salió de sus cajas en cantidades enormes para hacerle crédito. Todo el mundo creía ya que América ha-



bía renunciado espontáneamente a exigir de sus compañeros de armas el reembolso de sus créditos. Pero pronto hubo de convencerse de que jamás se le ocurrió la idea de semejante renuncia. De ahí un asombro, un mal humor, una desconfianza, un murmullo de desaprobación de todos o de casi todos en Europa, como si algún capricho irrazonado hubiera sido motivo de estas negativas o que se debieran a alguna causa tenebrosa.

¿No serían, por el contrario y sencillamente, la consecuencia del abandono de los mares y de los océanos al más fuerte?

Al negarse el Congreso de la Paz a discutir la cuestión de los mares, ¿no despojó a América del fruto de su victoria? ¿No se decidió a mandar a Europa un importante ejército porque se sentía amenazada en sus intereses vitales por la anarquía de la fuerza sin ley ni límites que se había desencadenado en los mares? Y una vez destruídas las flotas alemana, austriaca y rusa y debilitadas las francesa e italiana, ¿qué había ganado América, puesto que se negaban a asegurar en cierto modo el equilibrio

y la libertad de los mares, si no es aumentar, en su detrimento, la fuerza de Inglaterra y del Japón y dificultar aún más la solución de la cuestión por la que había combatido? ¿No ha sido obligada desde 1919 a gastar inmensas cantidades en la construcción de una flota formidable, a fin de suplir las flotas desaparecidas o disminuídas y equilibrar la potencia de Inglaterra y del Japón? ¿No es éste su verdadero botín de guerra, el precio de su victoria: menor seguridad y necesidades navales aumentadas?

Antes de la guerra mundial la seguridad reinaba en los océanos. El mundo los consideraba como su gran vía líquida accesible a todos los pueblos bajo condiciones iguales. Hoy, la sospecha, el temor, la desconfianza vagan por los océanos. Se sabe que la Fuerza puede de un día a otro cerrarlos, y todos los que poseen la Fuerza, grande o pequeña, se atribuyen mutuamente intenciones malévolas...

Al que recuerda todas estas cosas no le parece tan extraño ni tan inexplicable que América haya mostrado tanta repugnancia a borrar las deudas. ¿Podía América regalar ese dinero a Inglaterra para



que construyeran nuevos acorazados que emplearía hasta contra ella? Y desde el momento en que debía exigirlos a Inglaterra, ¿no resultaba difícil perdonar las deudas a los demás? Tampoco es difícil explicar por qué jamás se consiguió de América que se asociara a Inglaterra en las numerosas combinaciones imaginadas para garantizar el equilibrio y la paz en Europa. ¿Por qué se hubiera comprometido por adelantado a intervenir en los asuntos europeos, según ciertas direcciones ya fijadas, en vez de quedar libre de juzgar en cada caso si le convenía o no volver a pasar el Atlántico y en las condiciones que le parecerían las mejores? Es evidente que por mucho tiempo América nada tiene que temer por parte de Alemania. El peligro, por el contrario, o, si la palabra es demasiado fuerte, un serio motivo de desconfianza y de precaución, se lo dará Inglaterra y el Japón. Aunque América esté interesada en que reine el orden y la tranquilidad en Europa, no se puede pretender que tenga más interés en esta tranquilidad que en la suya propia.

Me contaron que en Londres, hacia fines de 1918,

el presidente Wilson tuvo un día una violenta discusión con los hombres de Estado y almirantes ingleses sobre la cuestión de los mares, y que, habiendo amenazado con volverse a América, uno de los almirantes presentes exclamó, medio en broma, medio en serio: «*If we will let you go.*» (¡ Si le dejamos partir !)

No quisiera garantizar la autenticidad de esta anécdota; pero si históricamente no es cierta, encierra una verdad simbólica. Representa muy bien lo que hay de singular en ciertos requerimientos y exigencias de Europa para con América.

¡ En qué lejanías se pierde la gran tragedia para quien sabe mirarla !

Los océanos son una de las numerosas conquistas que el hombre ha conseguido durante los cuatro últimos siglos. En el transcurso de estos cuatro siglos el hombre los ha cruzado y explorado; ha sembrado puertos en todas sus costas; los pueblos ya no viven cada uno arrinconado, ignorándose recíprocamente, aislados por el espacio; la tierra es una uni-



dad viva, un cuerpo único, y los océanos son la sangre de este cuerpo.

La humanidad necesita hoy no solamente de la tierra que posee, cultiva y explota, sino de los mares, de todos los mares del globo. Mas los mares están aún menos protegidos que la tierra contra la tiranía de la fuerza. Hasta 1914 lo ignorábamos; vivíamos, pues, por lo menos a este respecto, en la inocencia precaria de la ignorancia. Sabemos ahora con qué facilidad una dictadura del mar podría imponerse a inmensos continentes sino a toda la tierra.

No es por casualidad por lo que la gran guerra, continuación del eterno duelo entre latinos y germanos a orilla del Rin, se extendió a los océanos. No es por casualidad por lo que controversias jurídicas, a propósito del bloqueo, del contrabando, del derecho de echar a pique los navíos sospechosos que hacían comercio ilícito con el enemigo, hayan atraído a los americanos del Norte hasta los campos de batalla de la Champaña y de Flandes. Siendo la tierra una unidad, el lazo entre los continentes y los

mares es indestructible. Sin una ley de los mares dictada por el acuerdo o impuesta por el equilibrio de las fuerzas, la libertad de los continentes misma queda amenazada porque los continentes no pueden pasarse sin los mares. Este lazo es tal vez una de las mayores revelaciones de la guerra mundial.

En medio del estrépito de las armas parecía que el mundo lo hubiera comprendido. No se equivocó el presidente Wilson cuando envió sus soldados a combatir por la libertad de los mares sobre el continente europeo; pero terminada la guerra, el espíritu cansado de Europa se oscureció y el lazo entrevisto se borró. Los hombres de Estado han separado la tierra del mar y el mundo recayó en el desorden.

A su vuelta, América procuró resolver por sí misma la cuestión de los mares, en primer lugar, lanzando una flota capaz de hacer equilibrio a las de Inglaterra y el Japón; luego, convocando en Washington una conferencia para la limitación de los armamentos marítimos. Pero a duras penas consiguió un acuerdo parcial, temporal y probablemente poco sincero que no se refiere a ninguna de las cuestio-



nes de principio; una tregua que suspende el peligro de una lucha por la hegemonía de los mares, es decir, la suprema amenaza de muerte para la civilización occidental.

A su vez, Europa, desligada de América, quiere reorganizarse por sí misma; pero ¡qué empresa difícil, fatigosa, jadeante! Las dificultades, los peligros, las sospechas, los temores, se multiplican a pesar de nuestros esfuerzos. La tarea a la que estamos condenados parece la de Sísifo. Sin Europa, América no resolverá la cuestión de la libertad de los mares, y sin América, Europa será incapaz de encontrar un nuevo equilibrio estable, porque el mar que los une divide los dos mundos, el mar que los divide los une.

¿Cuándo, pues, comprenderán los dos continentes esta profunda verdad y la tomarán como regla de conducta? El mundo, océanos y continentes es una unidad. No podrá resolver ninguno de los problemas que le atormentan mientras no recobre la conciencia clara de esta unidad.

## VIII

## LA AMERICANIZACIÓN UNIVERSAL

Hace diez y siete años, hacia mediados de febrero de 1909, llegaba una mañana a Nueva York desde Chicago. Mi viaje por los Estados Unidos había terminado. Al día siguiente debía embarcarme para Europa. Por la noche, algunos amigos me invitaron a cenar en un club. Durante la comida me preguntaron mucho por mis impresiones de viaje. Las resumí aproximadamente como sigue:

«Sabía antes de venir aquí que erais ricos. Pero allá imaginaba siempre vuestra riqueza sobre el modelo tímidamente agrandado de lo que veía a mi alrededor.

»He visto vuestra riqueza y comprendo hoy cuán mal correspondía a la realidad la idea que de ella



me había forjado. Sois mucho más ricos de lo que se imagina del otro lado del Atlántico, y mucho más ricos, probablemente, de lo que vosotros mismos imagináis. He aquí la primera conclusión.

»La segunda os parecerá más extraña. Me ha parecido que si vuestra riqueza es mayor que la de Europa, gozáis menos de ella. Según lo que he podido ver, el pueblo vive aquí mejor que en Europa; pero las clases medias y las superiores viven mucho mejor en Europa, aun siendo más pobres. Lo que se cuenta sobre vuestros millonarios y multimillonarios es una leyenda acreditada por personas que desconocen el lujo europeo o que jamás han puesto los pies en América. A excepción de los donativos que hacen a los establecimientos de instrucción o a las instituciones de caridad, vuestros multimillonarios son espartanos comparados con los millonarios europeos. Y la diferencia es aún más notable en las clases medias. En Europa ganan menos, pero viven con más comodidad y disfrutan más.

»Podría citaros muchos hechos para apoyar esta afirmación. Me limitaré al más característico: el ser-

vicio doméstico. Aquí para poder tener una doncella y una cocinera es necesario que la familia sea muy acomodada. La clase media, en general, no puede contar con ninguna especie de servicio doméstico permanente. En Italia una familia de empleados o de intelectuales que dispone de tres o cuatro mil liras puede encontrar una sirvienta por quince liras al mes. Una familia que disponga de diez mil liras puede tener cocinera y doncella, pues las hay muy buenas por veinticinco o treinta liras al mes. La familia que disponga de veinte mil liras puede añadir un ayuda de cámara a la cocinera y a la doncella. Por cincuenta o sesenta liras al mes se encuentran tantos como se quiere.

»En Francia, en Inglaterra, en Alemania, los salarios son más elevados; pero jamás alcanzan los salarios de Nueva York, donde hay que pagar por lo menos cuarenta dólares al mes a la doncella, por mediana que sea.

»En América es donde he comprendido qué feliz privilegio es para las clases medias y superiores de Europa esta abundancia de servidumbre—hombres



y mujeres—. ¿Puede llamarse «dirigente» a una clase cuya parte más considerable y la más culta no encuentra nadie para descargarla de los más humildes quehaceres materiales de la existencia? Así, pues, vuelvo a Europa transformado en el más suave de los amos. Mientras viva consideraré a una doncella o a una cocinera dispuesta a servirme con celo, por un salario tan razonable, como una dicha pública.»

Durante toda la velada se discutió esta cuestión, y se acabó por concluir que la causa de esta diferencia había que buscarla en la riqueza americana, cuya magnitud había llamado tanto mi atención. ¿Por qué eran tan ricos los Estados Unidos? Porque las clases superiores, en vez de gastarse para su placer sus enormes beneficios, invertían la mayor parte de ellos en nuevas empresas, y porque una parte de la población, que se ocupa en Europa en hacer más cómoda y agradable la existencia de las clases dirigentes y cultas, se aplicaba a trabajos directamente productivos. Los agresivos progresos del feminismo americano nos parecieron poderse explicar por la misma

causa. ¿Por qué preferían ya en aquella época las mujeres americanas, mucho más que las europeas, trabajar en la industria, en el comercio o en las profesiones liberales, en vez de merecer el elogio de las inscripciones latinas *Domnui mansit, lanam fecit*? Porque América empujaba a todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, a hacerse productores directos de la riqueza.

Esta conversación de sobremesa no tiene ya hoy más valor que el testimonio histórico de una época terminada. La guerra mundial acercó los dos continentes y estrechó el Atlántico; mas si ha europeizado un poco a América, en mucho mayor grado americanizó a Europa.

Al arrancar de su trabajo a millones de hombres para mandarlos a batirse en las trincheras, al mismo tiempo que exigía un grandísimo esfuerzo a la industria y a la agricultura, la guerra transformó, en Europa también, en productores directos—obreros o empleados—un gran número de hombres y mujeres que hasta entonces habían ganado su vida haciendo la existencia cómoda y agradable a las clases me-



días y superiores. Terminada la guerra, muy pocos volvieron a sus ocupaciones de otro tiempo, y su ejemplo influye sobre las nuevas generaciones. Las deudas y las ruinas de la guerra, el aumento de los impuestos y del precio de la vida, la pobreza en que han caído ciertas clases y de la que quisieran salir, la riqueza que han conseguido otras clases y que quisieran conservar han hecho conocer también al viejo mundo el extraño estado de cosas que un europeo podía observar en América hacia 1910.

Nos hemos americanizado sin saberlo. El servicio doméstico, esta agradable comodidad de otro tiempo, es ahora, como en América, el problema insoluble de toda la clase media. Como en América, las mujeres se masculinizan, invaden todas las carreras, quieren trabajar, ganar dinero, vivir independientes. Como en América, las grandes urbes se llenan de una turbulencia cada vez más incómoda, ruidosa, polvorienta, gastadora, jadeante, que se llama vida moderna, con la esperanza de hacerla menos insupportable. Como en América, el lujo se democratiza; mientras las clases populares se acostumbran a vi-

vir mejor, el gran lujo europeo, herencia de los regímenes aristocráticos de antaño, desaparece con las Cortes, las antiguas fortunas y las antiguas industrias. A pesar de los despilfarros de los nuevos ricos, las tradiciones lujosas se pierden, y una relativa sencillez deviene obligatoria hasta para los ricos, como en América. Las combinaciones mágicas de una mecánica casi sobrenatural, las fabricaciones por serie, las formas colectivas de producción y de consumo triunfan y nivelan bajo una uniformidad creciente la antigua variedad europea, como en América.

La americanización es una de las formas de la unificación del mundo que se efectúa rápidamente en las instituciones y en las costumbres de la democracia, al igual que en la religión del progreso tal como nuestra época lo entiende. Inútil es aquí hacernos de nuevo la pregunta que nos hicimos la primera vez cuando hablábamos de la idea democrática y de la idea de progreso como fuerzas unificadoras del mundo: si aumentarían o no la dicha de los individuos. Podríamos repetir lo que ya dijimos: que la cuestión es a la vez insoluble e in-



útil, pues nuestra felicidad tiene poco que ver con estas grandes transformaciones históricas. Es sumamente más importante para Europa buscar cuáles pueden ser las consecuencias, los límites y el alcance de esta americanización, pues justamente, porque es una forma de la unificación del mundo, la americanización de Europa es un acontecimiento un poco más complicado que lo que supone el optimismo fácil y la gastada retórica del progreso moderno, que encuentra todo muy bien cuando la producción aumenta y cuando los aeroplanos cruzan los continentes o los océanos a una velocidad vertiginosa.

Europa no es América. Desde hace un siglo, una raza laboriosa y enérgica se ha encontrado en los Estados Unidos en una situación única. Poseía inmensos territorios fértiles, con minas y bosques en cantidades fabulosas, instrumentos de una potencia creciente para explotarlos y una organización política sencilla y sólida. De generación en generación, a medida que los instrumentos se perfeccionaban, que la población aumentaba, que el capital se acu-

mulaba, la explotación del continente daba resultados que sorprendían hasta el mismo optimismo americano. Después de 1850 también la emigración europea suministró a ese país privilegiado trabajadores cuya educación se había hecho a costa de los países de origen: casi un millón por año, en los años que precedieron a la guerra mundial. Era como si en los Estados Unidos hubiera nacido cada año un millón de hombres ya adultos y capacitados para producir. Sin contar que los americanos viven, trabajan, hacen sus planes de porvenir ajenos al temor de la guerra. Cuántas veces, antes del gran cataclismo, cuando viajaba por los Estados Unidos, decía a mis amigos: «Saben ustedes, en teoría, que las guerras pueden estallar; pero ignoran lo que es vivir bajo la permanente amenaza de una guerra de la que nadie puede decir cuándo estallará, cómo se desarrollará, cuáles serán sus consecuencias, pero de la que todos están convencidos que ha de cambiar la suerte y la existencia de cada cual. He ahí la tragedia de Europa.»

Los americanos tampoco han de temer la revolu-



ción. Saben que estallan revoluciones de vez en cuando en todos los puntos del globo, como aquellos que, viviendo lejos de los volcanes y de las costas del mar, saben que ocurren de cuando en cuando erupciones y temblores de tierra. Exentas del tributo de la sangre, muy bien pagadas, habituadas a una vida holgada, las clases populares son en América mucho más dóciles y obedientes que en Europa. Apenas si han sido rozadas por la extraña ilusión mesiánica de una revolución regenadora que cada vez más penetra en las masas europeas.

Estas condiciones favorables han producido el optimismo americano. Simple y simplificador, este optimismo irrita a veces a los europeos, que saben que todas las ramas de la familia humana no han recibido de Dios diez millones de kilómetros cuadrados, fabulosamente ricos, por explotar. Mas este optimismo es, junto con la abundancia que lo produjo, un elemento de estabilización social importante, el antídoto más poderoso contra los fermentos de discordia tan activos en todas las civilizaciones ricas y cultas.

Si la inmensa riqueza americana no procura las comodidades y los placeres que la riqueza más modesta de Europa podía aun proporcionarnos hace veinte años, por lo menos permite a toda América vivir en el orden y la estabilidad. Las clases medias y cultas no encuentran fácilmente servidumbre; deben contentarse, en las grandes urbes, con vivir en pensiones o en casas muy reducidas; tienen muchas dificultades en crear una familia; pero el optimismo general, ciertos lujos—como los viajes a Europa—que pueden permitirse de vez en cuando, la esperanza justificada de mejoras imprevistas, pero posibles, les ayudan a soportar estos inconvenientes y les hacen estar bastante satisfechos con su suerte. Además, si el rápido crecimiento de los Estados Unidos sirve de provecho a los obreros y a las clases populares más que a las clases medias, hay por lo menos la ventaja de que la vida holgada mantiene la tranquilidad en las masas.

En Europa la vida es más dura. Los grandes Estados ocupan territorios limitados, con recursos restringidos en comparación con la población, aun



cuando son considerables. Las fuentes naturales de la riqueza son más avaras, menos torrenciales. Los prodigios de una mecánica casi sobrenatural, si bien exigen un esfuerzo igualmente intenso, dan resultados más modestos.

Nosotros trabajamos al pie de volcanes siempre activos, siempre amenazadores. Ignoramos aún si la guerra mundial, con sus diez millones de cadáveres, ha sido el epílogo o será el prólogo de un largo período belicoso. No sabemos ya qué principio de autoridad hay que reconocer ni a quién obedecer. En muchos países se intentan improvisaciones de diferente naturaleza que si triunfaran en todas partes conducirían a Europa a una especie de edad media a base de nitroglicerina. Desde las oscilaciones monetarias hasta las fluctuaciones diplomáticas, toda nuestra existencia es una perpetua inquietud.

En estas condiciones, el universal frenesí de la ganancia que americaniza a Europa y transforma en productores de riqueza el mayor número posible de personas podría hacernos perder nuestras antiguas superioridades sin asegurarnos las ventajas de que

se aprovechan los americanos. Ahí está, para Europa, el gran peligro de la unificación del mundo. La prueba de ello es la crisis por que atraviesan las clases medias. La americanización las sacrifica de más en más a las clases populares; pero su empobrecimiento no se limita a perder ciertas comodidades de las que gozaba hace veinte años: la de poder, por ejemplo, encontrar servidumbre barata. América nos demuestra que las clases medias e intelectuales pueden vivir y cumplir su tarea aun prescindiendo de muchos domésticos. En los países de Europa, este empobrecimiento, agravado por las crisis monetarias y el desorden de la hacienda pública, podría destruir un órgano indispensable a la vida social. ¿Dónde encontrará, por ejemplo, el Estado sus funcionarios el día en que estén arruinadas las clases medias? En Europa, esta ruina significa la desorganización total del Estado. Mas el enriquecimiento del pueblo, que en Europa también hace en cierta medida equilibrio al empobrecimiento de las clases medias, no parece tranquilizar a las masas, como en América. Hasta ahora, la ilusión mesiáni-



ca de la revolución que hay que hacer parece fortalecerse a medida que las masas, bien pagadas, contraen las necesidades y vicios de la burguesía, que pretenden regenerar destruyéndola.

La americanización de un país exige un orden político sólido, un espíritu público tranquilo y una paz segura. Sin estas condiciones, la lucha de intereses, en continua transformación, deviene una causa de desorden cada vez más grave. La americanización de Europa sólo podrá ser una fase útil de la unificación del mundo cuando Europa encuentre un equilibrio sólido de orden interior y de paz internacional, y no podrá continuar indefinidamente: deberá parar en el punto en que, sobrepasándolo, nos destruiría. Unificación no significa absorción. Europa no puede transformarse en una copia de América, pues algunos elementos de su antigua civilización están ligados a su propia existencia. El día en que desaparecieran, Europa también dejaría de existir, y entonces no se fundiría, sino que se aniquilaría en las demás partes del globo.

## IX

## LAS NEGACIONES DE LA UNIDAD DEL MUNDO

b) *El creador de las penurias artificiales.*

Hasta la mitad del siglo XIX, el hambre ha sido el terror de todos los pueblos, y podría definirse así la existencia de la humanidad: una lucha incesante contra el hambre y la carestía, que asolan todos los países de la tierra, hasta los más ricos y laboriosos. El transporte de las mercancías voluminosas y pesadas, siendo muy difícil y costoso, cada país debía vivir de su cosecha. Se encontraba así a merced de los caprichos de la naturaleza.

¡Cuántos expedientes se han imaginado para alejar este peligro, creando una abundancia artificial! La lucha por el trigo es uno de los secretos de la



historia pasada que ya no comprendemos. Los países fértiles defendían su abundancia impidiendo las exportaciones; los países estériles o demasiado poblados procuraban aumentar sus depósitos hasta obligando, por la fuerza, cuando podían, a los países fértiles a cederles los excesos de sus cosechas. Fértiles o no, todos los países se esforzaban, en los años buenos, en acumular reservas para los períodos de escasez.

En la época más próspera de la República romana, las *frumentationes*—el aprovisionamiento de Roma y los repartos gratuitos o a bajo precio de trigo al pueblo—han tenido en la política un papel mucho más importante que los grandes asuntos extranjeros a los que estaba ligada la suerte del imperio. El cristianismo pedía a Dios cada día el pan por conducto de sus creyentes: *da nobis panem nostrum*, repiten aun hoy, cada mañana, millones de seres humanos.

Ha habido en el pasado gobiernos despóticos que no reconocieron a sus sujetos ninguno de los derechos que el siglo de las luces ha proclamado intan-

gibles, por lo menos en teoría. Mas ni en Babilonia, ni en Ninive, ni en Menfis, ningún tirano ha tenido jamás la idea de negar a sus súbditos que trabajaban el derecho de comer pan a su antojo si tenían dinero para pagarlo.

Poco a poco, gracias a un esfuerzo complejo y continuo de trabajo y de reflexión, parte de la humanidad salió de esta perpetua angustia. Desde la gran escasez irlandesa de 1846, Europa y América, a excepción de Rusia, ya no han tenido que temer por su pan cotidiano. Los ferrocarriles han hecho progresar la explotación de los continentes y el comercio internacional de los cereales; Rusia, los Estados Unidos, el Canadá, Argentina, Australia se han hecho los graneros del mundo, siempre dispuestos a completar las cosechas deficientes de los países demasiado poblados de la Europa occidental. Desde hace medio siglo, por vez primera en la historia, el comercio privado se basta a sí mismo para ordenar el reparto del trigo por lo menos en toda Europa y América, consiguiendo que todos coman a saciedad. La era de la gran abundancia ha comenzado



y el Estado se ha librado de una de sus más difíciles tareas.

¡ Qué triunfo para el hombre, para su inteligencia y para su trabajo ! El máspreciado trofeo de la conquista de la tierra y de la unificación del mundo, iniciadas por las grandes exploraciones geográficas del siglo XV, ha sido hasta ahora para Europa esta seguridad del pan y la desaparición del gran terror colectivo que era antaño el hambre. Mas entonces se vió algo extraordinario que ningún profeta hubiera podido predecir : el terror al hambre, reemplazado poco a poco por el temor a la abundancia de los graneros repletos, de las vacas gordas...

Si un hombre de Estado de la antigüedad resucitara hoy, se sorprendería de infinidad de cosas ; pero la institución que más trabajo le costaría comprender sería tal vez la de los derechos de importación sobre los trigos extranjeros que los Estados más poblados de la Europa continental han establecido en los últimos cincuenta años. Impedir o dificultar la importación del trigo, es decir, crear artificialmente una especie de escasez relativa, hubiera parecido

una idea de las más monstruosas en épocas atormentadas por el temor al hambre y preocupadas por asegurarse la abundancia, hasta empleando para ello la violencia. ¡ Era la exportación de los cereales lo que se procuraba impedir entonces, y no la importación !

Dios escuchó por fin la oración que tantos siglos le habían hecho con una incansable obstinación : *da nobis panem nostrum quotidianum*. Gracias a la conquista de la tierra y a la unificación del mundo, este ardiente voto de la humanidad fué por fin acogido favorablemente. ¿ Por qué se obstinan los hombres en destruir la mejor de sus obras en una de sus utilidades más preciadas ?

¡ Qué trastorno de ideas y qué encadenamiento de absurdos ! Poco a poco, arrastrados por ese temor a la abundancia, preocupados por los efectos que las importaciones de cereales pueden tener sobre los cambios, algunos gobiernos, nacidos de la Revolución francesa, llegan, sin darse cuenta de ello, a negar parcialmente el que debería ser el más elemental y el más inviolable de los derechos del hombre que



ha trabajado : el derecho de comer. Pues limitar, aun por medios indirectos, la cantidad de pan que se puede consumir en tiempos de abundancia, es negar en parte este derecho.

Lo que llamamos con la palabra un poco bárbara el «prohibicionismo»—facultad de prohibir a los hombres ciertas bebidas o ciertos alimentos—era antiguamente el privilegio de la divinidad. Para prohibir a los judíos ciertas carnes y a los árabes el derecho de beber alcoholes, hizo falta un Moisés y un Mahoma, es decir, un reformador religioso hablando en nombre de Dios. Es preciso que los Estados modernos tengan una idea casi sobrehumana de su potencia para que se atribuyan el poder, so pretexto del interés público, de hacer «prohibicionismo» con el pan.

X

LOS FALSOS ESPEJISMOS DE LA UNIDAD DEL MUNDO

c) *La plutocracia internacional.*

Se habla mucho, desde la guerra, de la plutocracia internacional. Los partidos de extrema izquierda y de extrema derecha coinciden en denunciarla como un poder oculto y funesto que dirige el mundo y chupa su sangre. Este misterioso poder emergería por encima de la confusión de las lenguas, pasaría las fronteras, se impondría en todas las latitudes ; en una palabra : sería la mala encarnación de la unidad del mundo.

Sí ; en todos los países—repúblicas o monarquías, dictaduras o regímenes parlamentarios—, los indus-



triales y los banqueros saben defender sus intereses aun cuando estén éstos en oposición con el interés general. El hecho es indiscutible; mas ¿es una anomalía? Los propietarios, el comercio grande y pequeño, las profesiones liberales, los empleados, los campesinos, ¿no son capaces también ellos de defender sus intereses, a veces hasta en detrimento del interés público? Esta posibilidad universal de administrar sus propios negocios, cuyo egoísmo colectivo abusa a veces, es una ventaja común a todos los regímenes nacidos de la Revolución francesa. ¿Por qué, pues, excluir a los banqueros y a los industriales?

Mas la opinión general no se inquieta de este derecho, legítimo a pesar de ciertos abusos, cuando denuncia el poder oculto de la plutocracia. Cree en una influencia ignorada que dominaría los poderes visibles en el mundo entero, que sería capaz de derribar y formar los ministerios, de imponerse a los parlamentos, a la administración, a los gabinetes, a la prensa y a la opinión pública. ¿Existe realmente este formidable y misterioso poder? ¿O es más bien

un producto de la imaginación humana, incansable creadora de fantasmas?

He viajado mucho, he conocido hombres políticos, banqueros, industriales; he visto, bajo todas las latitudes, funcionar las máquinas gubernamentales; he seguido el desarrollo de un gran número de asuntos políticos importantes, y procuro informarme lo mejor que puedo sobre lo que ocurre en el universo. Debo confesar, sin embargo—¿será responsable de ello mi insuficiente perspicacia?—, que jamás he podido ver en acción esta misteriosa fuerza.

Los socialistas repiten desde hace diez años que la guerra mundial fué desencadenada por la plutocracia. ¿Qué saben de ello? Bastaría haber conocido, aun superficialmente, los medios financieros e industriales de antes de la guerra para saber que eran en todas partes, hasta en Alemania, pacifistas. Sólo deseaban la cristalización eterna del *statu quo*. Si en 1914, la suerte de la guerra y de la paz hubiera estado en manos de la plutocracia, el mundo hubiera envejecido en la paz hasta la edad de Matusalén. Mas la plutocracia asistió, impotente y pa-



siva, al igual que otros muchos grupos sociales, al desarrollo de los acontecimientos que explotara sin haberlos deseado ni previsto.

Para que la supuesta plutocracia internacional pudiera ejercer sobre el mundo esta hegemonía invisible debería tener ideas, planes, conceptos políticos. Basta con haberse acercado un poco al mundo de los negocios de Europa y América para convencerse de que estas ideas, estos planes, estos conceptos no existen. Cuando un hombre de negocios se apasiona por la política lo hace con furor; pero el caso es raro. Por lo general, industriales y banqueros se ocupan de los intereses públicos lo suficiente para sus negocios y subordinan sus opiniones a ciertos intereses legítimos por cierto. Lo que los hombres de negocios reclaman por encima de todo a los gobiernos es el orden, el orden simple, sólido, concreto, necesario a la industria y al comercio. En cuanto a los medios de conseguirlo—gran problema para el hombre político—, les tiene relativamente sin cuidado. También ellos tienen sus preferencias; pero rara vez son de tal modo fuertes que no las sacrifi-

quen a la preocupación de vivir en armonía con los que mandan.

Los hombres de negocios casi siempre razonan y obran en cuanto a los asuntos políticos, teniendo buen cuidado de no dejarse entorpecer por sus opiniones en sus contactos con los poderes públicos de cualquier país. Es casi una necesidad profesional, pues los asuntos se tramitan lo mismo bajo el gobierno soviético que bajo el absolutismo de los zares, en las democracias como bajo las dictaduras. Mas esta necesidad profesional exige cierta flexibilidad de opiniones y una tibieza de pasiones que sirven muy bien para explotar las situaciones políticas más diversas, pero que de nada servirían para crear o dirigir una sola.

Esta es la razón por la cual las opiniones políticas de los hombres de negocios son con frecuencia una mezcla curiosa de buen sentido y de ligereza. Por lo menos es la contradicción que más me ha llamado la atención. Rara vez ocurre que los hombres de negocios sean víctimas de lo que hay de ficticio y de ilusorio en las ideologías políticas de la



derecha o de la izquierda; pero ¡ con qué asombrosa facilidad simplifican las cuestiones más complicadas! Habitados a conducir los hombres según la matemática consecuencia de los intereses económicos, se imaginan que la misma sencillez lineal puede resolver los asuntos del Estado. No pueden comprender cuán complicados son las pasiones y los intereses con los que diariamente lucha el hombre de Estado. Las necesidades que su poco conocimiento de la vida y de los hombres les sugiere, cuando salen de su esfera, son inimaginables.

Tampoco hay que exagerar el cosmopolitismo de la plutocracia. En una época en que los intercambios se multiplican entre los países más distantes es inevitable que los bancos importantes de Europa o de América estén en contacto continuo. Mas los bancos y los negocios son mucho más internacionales que los banqueros. En efecto, a pesar del enredo de los negocios, los banqueros ingleses, los banqueros franceses, los banqueros americanos, los banqueros alemanes permanecen en su país, conservan sus ideas, sus pasiones y su carácter tanto como el sa-

bio, el literato, el propietario, el mundano o el obrero. Volvemos a encontrar en el mundo de las finanzas la contradicción por la cual la unidad del mundo se efectúa mientras se multiplican los idiomas y las naciones, grandes o pequeñas, adquieren, cada vez más, independencia. La multiplicidad del espíritu nacional opone una gran dificultad a la internacionalización, sin embargo necesaria, de los negocios. Ella dificultaría sumamente una acción internacional de la finanza, aun cuando los financieros de los dos mundos concibieran planes políticos.

Mas no creemos solamente que el dinero gobierna el mundo, sino que le atribuimos la facultad profética. Sin darnos cuenta de ello hemos hecho de la Bolsa el oráculo de Delfos del mundo moderno.

¿Existe peligro de guerra entre dos potencias? Se consulta las cotizaciones de Bolsa. Si los títulos del país bajan es señal de que las probabilidades de paz disminuyen; si suben los títulos es que aumentan. ¿Atraviesa un país una crisis interior? Por sus cotizaciones, la Bolsa nos dirá si la enfermedad mejora o si se agrava. La Bolsa está bien informada; la Bol-



sa sabe lo que el simple mortal debe ignorar ; la Bolsa vigila el universo.

Hay en esta creencia una parte de verdad y otra de imaginación. Especular es prever. El que compra un título con la esperanza de que va a subir tanto como el que lo vende por el motivo opuesto hace una previsión que con frecuencia implica un juicio sobre la situación política del país al que pertenece el título. Los banqueros y los agentes de cambio que manejan en las grandes Bolsas de Europa los empréstitos y las obligaciones públicas de todos los países del mundo están obligados a juzgar la situación política de los países más diversos.

Mas la tarea es delicada ; no es fácil, hasta para los especialistas de la política, conocer bien la situación de su país. La dificultad aumenta cuando se trata de países extraños, aunque estén poco distantes, fácilmente accesibles y de una civilización análoga. ¿Cuántos franceses habrá que conozcan bien la situación de Alemania y cuántos alemanes que conozcan la de Francia? Aumenta aún más la dificultad y llega a ser casi invencible cuando se trata

de países muy distantes, diferentes por las costumbres y por la historia. ¿Cuántos europeos pueden pretender conocer la situación política del Paraguay o de Nicaragua?

Hay sin embargo en Europa financieros cuyo deber profesional es el de conocer hasta la situación del Paraguay o de Nicaragua. La unidad del mundo, realizada en los negocios mucho más que en las ideas o las costumbres, les impone este deber. ¿Cómo se las arreglan? Forman su opinión según ciertos datos elementales—extensión del territorio, recursos naturales, población, confianza en ciertos individuos, en ciertas instituciones, en ciertos principios políticos—, y juzgan la situación de conformidad con estos datos. Los datos estos no son quiméricos ; representan elementos de orden y de prosperidad ; pero son simples, sólo sirven en circunstancias normales y no tienen en cuenta lo imprevisto : guerras, revoluciones y usura lenta de los regímenes. Son muy útiles como medio de apreciar las probabilidades, mas no pueden dar ninguna certidumbre del porvenir.



Antes de la guerra, en un gran establecimiento de crédito me enseñaron los estudios según los cuales se había establecido las capacidades financieras del imperio ruso. Eran muy ingeniosos y podían tranquilizar a los acreedores de Rusia; pero se habían efectuado suponiendo la continuación de la paz. Sus conclusiones valían, pues, *rebus sic stantibus*. Ningún financiero hubiera podido prever, aun con las estadísticas más minuciosas, la paradójica catástrofe que ha hecho perder la guerra a Rusia en la coalición victoriosa.

Se pueden pedir a la finanza previsiones útiles para colocar el dinero con prudencia; mas profecías que nos pongan al abrigo de los golpes de fortuna, no. El público es el que se equivoca al tomar las previsiones por profecías.

En todas las épocas, el dinero ha sido una gran fuerza, y lo es más cada día desde el triunfo de la gran industria; pero desde hace un siglo se acabó por atribuirle un poder mágico que jamás ha existido sino en la imaginación popular.

Hasta 1914, Europa fué gobernada por las Cortes

y por las burocracias. En ciertos países, como Francia, Inglaterra y en otros más pequeños, había que añadir los partidos políticos organizados, el Parlamento y la opinión pública. El poder de la Corte y de la burocracia en ninguna parte, ni siquiera en Rusia, era total y exclusiva. La Corte y la burocracia debían tener en cuenta las fuerzas sociales más activas, sus deseos y sus intereses: de la industria, del comercio y de la banca también. Mas el poder dirigente residía en las Cortes y en las oficinas donde únicamente se tomaban las grandes decisiones, en los grandes asuntos políticos. La influencia de la plutocracia era grande en los asuntos financieros y económicos, pero nula en los demás asuntos.

La guerra mundial no fué decidida en los despachos de los bancos, pero sí lo fué en los salones de ciertas Cortes y en los despachos de ciertos estados mayores. Sometida a estos poderes, la plutocracia debió también ella sufrir la guerra. Mas ésta ha roto la antigua jerarquía europea. Ha caído la monarquía en Rusia, en Alemania, en Austria, en Hungría y en Grecia. Allí donde existe aún ha sufrido las re-



sultas de estas catástrofes. La mayor de las fuerzas dirigentes de Europa ha desaparecido o se ha debilitado, dejando tras de sí el vacío.

Poco a poco las fuerzas nuevas llamadas a reemplazar a la monarquía, se organizan y toman conocimiento de su papel. Mas hace falta mucho tiempo. Hoy día Europa está bastante menos gobernada que lo era antes de 1914; en todas partes las directivas son inciertas y mucho más que las voluntades son las circunstancias las que llevan las cosas. Era inevitable esta transición. Si Europa, después de haber sido gobernada por los reyes y los emperadores, comienza a gobernarse por sí misma, parece tener cierto temor, e imagina poderes fantásticos para llenar los vacíos creados por el derrumbamiento del sistema monárquico. La plutocracia es uno de esos poderes imaginarios a los que se puede atribuir sin inconvenientes todos los males de que se aquejan, pues ni siquiera los vislumbra.

Es y será un poder imaginario. Como no tendrá un dueño solo, el mundo no será dirigido por una fuerza única. Allí donde han fracasado las religiones más

elevadas, el dinero no triunfará. El mundo se unifica en ciertas tendencias generales y comunes; pero al mismo tiempo reivindica todas sus autonomías y originalidades locales, nacionales y continentales. Los banqueros pueden realizar negocios bajo todas las latitudes; los industriales pueden comprar y vender en las cinco partes del Globo; pero no pueden imponerse al espíritu del mundo, ni a su variedad que se multiplica, ni a su unidad que va formándose. Además no es esta su ambición y se contentan con recoger los enormes beneficios que les proporciona la internacionalización de los negocios, en lo que demuestran más sentido común que el público que les odia por una tiranía en la que jamás han pensado, por la sencilla razón de que no tendrían ni el deseo, ni las ideas, ni los medios de ejercerla.



## XI

### EL PELIGRO DE LA CRISTALIZACIÓN

«La unidad del Mundo, y la de Europa, que es una de sus partes, ¿debe, pues, ser una unidad viva que no excluya las discordias, las luchas y las guerras? Si así fuera, todo lo que tendiera a cristalizar el Mundo o parte del Mundo debería ser excluído, combatido: la Sociedad de las Naciones ante todo, puesto que intenta cristalizar Europa en sus formas actuales; Europa, que es una cosa viva, y que justamente por ser viva, tiende a la unidad.»

Esta objeción, bajo una forma más o menos clara, aparece con frecuencia en las discusiones de que es objeto la institución de Ginebra. Es una forma particular de la lucha entre el orden y la vida que trastorna tan profundamente el espíritu moder-



no, el orden tendiendo siempre a cristalizar y la vida rebelándose contra todas las cristalizaciones. De una manera indirecta, pero con mucha sutileza, trata de ella el señor Jules Cambon, antiguo embajador de Francia en Berlín, en un libro que publicó hace unos meses.

«Reflexionad un momento—dice el señor Cambón—, en lo que hubiera ocurrido de existir la Sociedad de las Naciones cuando el señor de Cavour edificaba Italia. Es probable que el reino de Nápoles, el Estado pontificio, el gran ducado de Toscana hubiesen formado parte de la Sociedad de las Naciones; sus gobiernos hubieran denunciado en Ginebra las agresiones de que estaban amenazados. Se hubiera visto a la Sociedad de las Naciones intentar intervenir. Mas ¿habría conseguido detener a Garibaldi y a los Mil en su marcha sobre Nápoles? ¿Quién sabe? Tampoco dudo de que en 1864 Dinamarca se hubiera amparado a Ginebra cuando la Confederación germánica le buscó querrela. Cualquiera que fuere la actitud de la Sociedad de las Naciones en uno y otro caso, el señor Cavour, al

igual que el señor Bismarck, habrían tenido que tenerla en cuenta, a menos que, intimidada o dividida, hubiera confesado su impotencia.»

No se podía escoger un precedente más apto para ilustrarnos sobre las posibilidades de la institución de Ginebra y sobre los límites de la cristalización y los peligros que presenta. Los acontecimientos que se desarrollaron en Italia entre 1859 y 1861 son los que mejor pueden echar una luz sobre el gran problema del porvenir. Sólo hay que colocarlos en su marco histórico, es decir, en lo que se podría llamar la «cristalización» de Europa hecha por el Congreso de Viena y por la Santa Alianza.

Las dinastías que escapadas al diluvio de la Revolución reorganizaron Europa, en Viena, en 1814-1815, se esforzaron en edificar el nuevo orden de cosas sobre un principio de derecho: la legitimidad dinástica. La precaución era necesaria, pues ningún Estado puede subsistir por la sola fuerza; mas el principio escogido, ¿sería lo bastante fuerte para resistir a las fuerzas revolucionarias de la época? La legitimidad dinástica, que en 1815 reivindicaban



en Viena esas familias reales, era, en su sentido estricto, el derecho de gobernar los territorios que antes de la Revolución les pertenecían, sea el que fuere el título originario de la posesión: tratado, boda o herencia. Así concebida, era un principio de derecho aún existente en la época del Congreso de Viena, puesto que en 1815 una parte de Europa reconocía a ciertas familias reales el derecho de gobernarla.

Mas no tenía, en tanto que principio, un alcance universal. La Revolución y el Imperio aniquilaron muchas antiguas repúblicas y principados eclesiásticos y desposeyeron a muchas pequeñas familias soberanas. Las poblaciones que vivieron bajo tales regímenes no reconocieron el derecho de gobernarlas a ninguna de las familias reales salvadas del diluvio revolucionario. Los territorios de la República de Venecia, los de la de Génova, los países renanos son las famosas excepciones de esta índole. Estos territorios fueron la piedra de escándalo del Congreso de Viena y del principio de la legitimidad dinástica. ¿Qué se iba a hacer de ellos?

Se distribuyeron entre las dinastías supervivientes, englobándolos en los territorios en que los derechos de la legitimidad eran incontestables. A causa de estas dudosas localizaciones, el derecho dinástico quedó establecido por el tratado de Viena. Habiendo así resuelto, lo mejor que pudieron, el difícil problema de su derecho, los firmantes del tratado de Viena se comprometieron a respetar recíprocamente los derechos de cada cual. En este sentido, bien se puede decir que la Santa Alianza fué una Sociedad de Naciones con carácter monárquico, en la cual cada nación se identificaba con una familia real: una «sociedad» o «liga» de las dinastías hecha para garantizar los derechos de todos los partícipes, independientemente de las fuerzas de cada cual.

De 1815 a 1848 la liga de las dinastías ha impuesto a los más fuertes el respeto de los más débiles y ha cristalizado Europa en las modalidades de los tratados de 1815. La creación del reino de Bélgica, en 1830, fué el único cambio importante del estatuto político de Europa efectuado durante estos trein-



ta y tres años, mas la iniciativa fué tomada por un movimiento popular. La misma Revolución de 1848 no pareció, al principio, quebrantar la liga de las dinastías, ni romper la cristalización de Europa. Una sola dinastía intentó aprovecharse de la sacudida para engrandecerse a costa de los tratados de 1815, y no fué una de las más poderosas cuyo compromiso de respetar a los más débiles hubiera podido hacerle reflexionar; fué una de las más pequeñas dinastías, para las que la Santa Alianza era una garantía. Es curiosa la contradicción y se presta a largas reflexiones. Cuando Carlos Alberto declaró, en 1848, la guerra a Austria, empuñó la espada contra todo el sistema «cristalizado» del Congreso de Viena.

Para las dinastías poderosas, el temor a la revolución fué más fuerte que la tentación de aprovecharse. Rusia ayudó a Austria a domar a Hungría; Austria, en cuanto hubo vencido al Piamonte, se contentó con la abdicación de Carlos Alberto; en Prusia, Federico Guillermo IV huye, atemorizado

ante la corona imperial que el Parlamento de Francfort le había ofrecido.

La revolución de 1848 parecía haber fracasado, en tanto que rebelión contra los tratados de 1815 y la liga de las dinastías. En 1850, la cristalización europea del Congreso de Viena parecía haber asistido al choque de una revolución casi continental. Mas los vencidos de 1848 y 1849 no habían desarmado ni en Italia ni en Alemania, y los acontecimientos obraron en su favor tan pronto como el sobrino de Napoleón se apoderó de Francia. No pudiendo simpatizar con los tratados de 1815, el nuevo amo debía colocar a Francia en una posición de antagonismo contra la liga de las dinastías legítimas. No tardaron en aparecer los que debían aprovecharse de la situación.

Unos documentos publicados recientemente nos han probado que Napoleón III y Cavour pensaron, en un momento dado, en la posibilidad de cambiar totalmente la estructura de Europa emprendiendo una guerra de aniquilamiento contra Austria. Cavour, que con frecuencia se dejaba deslumbrar por



por su imaginación, soñó realmente ver en 1859 la catástrofe de 1918: el fin del imperio de Austria. Mas si estas esperanzas, un tanto apocalípticas, hubieron de desengañarle, ¡qué sorpresa preparaban los acontecimientos entre 1859 y 1861! Se iba a ver la cristalización de Europa, que había resistido al temblor de tierra de 1848, romperse de un día a otro bajo un ligero choque.

No se ignora la alarma que produjeron en todo el sistema europeo las primeras victorias francopiamontesas. El fantasma de la guerra general salió de su sepulcro; el mundo germánico se agitó; Napoleón III y Francisco José vieron abrirse un abismo en Europa y se atemorizaron. El temor a una guerra general facilitó un acuerdo entre los dos jefes de imperios. El rey de Cerdeña recibiría la Lombardía; en cuanto al problema italiano, se resolvía dentro del marco de la antigua liga de las dinastías, por el vago proyecto de una confederación italiana análoga a la confederación germánica, a la que se incorporaría Austria. Cavour, desesperado, dimitió.

Mas entonces, la unificación de Italia que todos, empezando por Cavour, creían imposible sin el derrumbamiento de la liga de las dinastías y un trastorno total de Europa, cristalizada por los tratados de 1815, se impuso por sí sola, casi sin esfuerzo. La restauración de las antiguas dinastías creadas en Italia por el Congreso de Viena sólo había triunfado parcialmente. En todos los Estados de la península, restituidos en 1815 con algunos aumentos territoriales a las dinastías legítimas, las ideas democráticas y las aspiraciones nacionales se habían difundido, sobre todo después de 1830, entre las clases cultas. Si bien la masa popular—obreros y campesinos—permanecía fiel a los antiguos regímenes, parte de la burguesía y de la aristocracia, las más activas y las más enérgicas, aspiraban a cambios profundos desde hacía más de veinte años. Mientras el imperio de Austria acampó en el valle del Po y tuvo al alcance de sus cañones a todos los pequeños Estados de la península, este partido de oposición tuvo que permanecer tranquilo. Mas apenas Francia y el Piamonte hubieron declarado la guerra a Austria, en



ciertos Estados, luego en otros a partir de Solferino, y desde que Austria hubo evacuado la Lombardía, las minorías se sublevaron contra los gobiernos, casi todos enteramente desarmados. El ejército austríaco —muy pequeño en comparación con los ejércitos que vió Europa después de 1870—era desde 1815 con el ejército piemontés, la única fuerza militar seria de la península.

Desposeídas o amenazadas, las dinastías recurrieron a la Sociedad de las Naciones de la época, es decir a las Cortes más poderosas de Europa, para que los derechos de su legitimidad fueran defendidos contra los atrevidos ataques de la Revolución. Cuando Cavour, vuelto al poder, invadió la Italia central, sublevada contra sus gobiernos, todos los ministros plenipotenciarios acreditados en la Corte de Torino fueron encargados por sus gobiernos respectivos de protestar contra la violación del derecho que cometía la dinastía de Saboya sobre las dinastías más débiles. Pero, ¿de qué podían servir estas protestas cuando los acontecimientos se precipitaban con tal fuerza?

Al debilitar el imperio de Austria, que lo sostenía, la campaña de 1859 derribó, en Italia, el orden de las cosas establecidas en 1815. Para restablecerlo era precisa la fuerza... Solo o secundado por otros defensores del principio de legitimidad, el imperio de Austria debió declarar de nuevo la guerra al Piemonte, invadir Italia central y meridional, acompañar en sus Estados, protegidas por las bayonetas, a las dinastías desposeídas por la revolución; en una palabra, recomenzar de nuevo y en más vasta escala la guerra que Austria y Francia acababan de interrumpir con tanta precipitación por temor a complicaciones ulteriores. ¿Cabía pensar en semejante aventura? Mas si no se podía recomenzar la guerra, sólo quedaba dejar al país librarse como pudiera del caos en que la guerra de 1859, el armisticio de Villafranca, la paz incoherente de Zurich y los motines populares lo habían sumido.

Resultó así que en 1860 la liga de las dinastías quedó inopinadamente impotente para defender los derechos de la legitimidad. Al ministro de Prusia, que protestó ante Cavour de las anexiones de Italia



central, éste contestó : «Nos agradecerá usted un día el haberle enseñado el camino.» La cristalización de la Santa Alianza quedó rota para siempre.

Podría un día repetirse la sorpresa bajo una forma diferente.

La Sociedad de las Naciones no es tan nueva como ha podido hacerlo creer su nombre. Después de todas las grandes guerras, los Estados europeos sintieron, durante tres siglos, la necesidad de dar a la paz cierta estabilidad con la yuda de principios que presidieran a sus relaciones. Después de la guerra de Treinta Años, fué el sistema jurídico, llamado derecho público, el que aseguró cierto orden en la paz y en la guerra hasta la Revolución francesa. Después de las guerras del Imperio, de 1815 a 1914, fué el acuerdo de las grandes dinastías, completo hasta 1848, luego parcial, aunque todavía capaz, después de 1870, de mantener la paz durante cuarenta y cuatro años. Hoy día, después de la guerra mundial, incumbe esta necesidad a la Sociedad de las Naciones, es decir al conjunto de reglas y principios que elabora y que impone a los Estados par-

tícipes, con el apoyo de la opinión pública y de los intereses, coaligados en favor de la paz.

La nueva tentativa no será ni más ni menos vital que las precedentes. La Sociedad de Naciones se impondrá a todos los Estados y prestará valiosos servicios mientras Europa necesite la paz y tenga que temer conflagraciones generales. Mas no es todavía la institución destinada a asegurar el advenimiento de un reino de Dios en la Tierra o la eterna amistad de los Estados. Al igual que la Santa Alianza, podrá debilitarse y agotarse si el peligro de guerras generales disminuye y si vuelven a ser necesarias y posibles guerras localizadas para resolver cuestiones que de otro modo serían insolubles.

Los acontecimientos de 1859-1860 nos demuestran cómo los derechos de la vida pueden imponerse a una cristalización diplomática. ¿Por qué debió la Santa Alianza, instituída para mantener *in eternum* los tratados de 1815, reconocer, en 1860, a pesar de su fuerza aplastante, los hechos? Porque los hechos cumplidos representaban una solución del problema italiano conseguida sin trastornar profunda-



mente el equilibrio de Europa, mientras se habría tenido que provocar una conflagración enorme para impedir esta solución o para encontrar otra. Esta solución invertida era el resultado imprevisto de medio siglo de historia; apenas lo reconoció Europa, las potencias de la Santa Alianza se sometieron, habiendo comprendido que la aplicación íntegra de sus principios hubiera provocado males mucho más graves que su violación parcial.

Lo mismo ocurriría un día, si la Sociedad de las Naciones se propusiera impedir a Europa evolucionar hacia formas en que imperiosas necesidades vitales la empujaran. Una institución como la de Ginebra sólo puede actuar en la medida en que un orden estable, una unidad cristalizada entre ciertos grupos de naciones, sea a la vez posible y necesario. Por este motivo puede creerse que podrá desempeñar, durante muchas generaciones, un papel brillante en Europa.

En Europa, ese continente pobladísimo donde los Estados sólo pueden vivir gracias a una estrecha colaboración económica e intelectual, son casi una

necesidad biológica las largas paces y las cristalizaciones que las hacen posibles. No puedo asegurar que ocurre hoy lo mismo con Asia. Una parte de Asia está en tal estado de fermentación, que parece imposibilitar en un porvenir cercano cualquier cristalización ordenada. Es evidente, por ejemplo, que el caos amarillo escapa totalmente a la acción de la Sociedad de Naciones.

En América, una institución semejante a la Sociedad de Naciones parece menos indispensable por no decir supérflua. Los Estados son tan vastos, tienen aún tan poco contacto entre sí, están tan poco armados, que los peligros de guerra son muy reducidos y sus probabilidades muy pocas. Las guerras que estallaran quedarían localizadas casi por necesidad geográfica. Algunos Estados americanos están más bien expuestos al peligro de convulsiones como las que agitan a Méjico desde hace quince años; mas esta clase de guerras escapa a la competencia de la Sociedad de Naciones tanto en América como en Asia.

La Europa actual recuerda el período en que la



Santa Alianza, a pesar de las sordas oposiciones que encontraba en todas partes, conseguía imponer la paz porque Europa la necesitaba y la deseaba. Al igual que la Santa Alianza, la Sociedad de Naciones conseguirá, pese a las oposiciones ocultas o manifiestas, asegurar la paz, cada vez que tenga que ocuparse de problemas europeos, si obra con valor y clarividencia. Por el contrario, no parece que en América tenga mucho que hacer, a menos que acontecimientos imprevistos cambien, hasta en el Nuevo Mundo, el equilibrio de las fuerzas. Mas no podrá intervenir, ni con frecuencia ni con éxito, en Asia, donde la fermentación revolucionaria parece imposibilitar todas las cristalizaciones del orden.

XII

NACIÓN Y CIVILIZACIÓN

«Musulmanes contra cristianos, orientales contra anglosajones, democracia contra dictadura, libre-pensamiento contra dogma, socialismo y comunismo contra capitalismo, he aquí conflictos que están por encima de las rivalidades de las naciones o de los imperios y que los agravan. En el seno de cada Estado, las aristocracias y las burguesías, unidas para la defensa, se separan en cuanto hay que elegir una civilización. Inversamente, los individuos que profesan la misma religión o el mismo ideal se matan unos a otros en nombre de su nación. Este es el drama profundo de nuestro siglo, el inmenso peligro para el porvenir. Las dos ideas de nación



y civilización están desunidas. Los jóvenes europeos deben, pues, trabajar por reunirlos.»

Todos los lectores atentos habrán quedado o quedarán sorprendidos por la concisión lapidaria de este pasaje del libro que, bajo el título *Nación y Civilización*, escribió uno de los historiadores y publicistas más brillantes de nuestro tiempo, el señor Lucien Romier. Estas cuantas líneas son la sustancia de este librito luminoso y profundo y ponen en su forma más general y vital la cuestión de la unidad del mundo y de sus contradicciones. Es evidente que la conquista de la tierra y su unificación por los ferrocarriles y los telégrafos, por la americanización y las instituciones representativas no tendrían gran importancia si el mundo, así unificado, quedara destrozado por una lucha mortal entre estas dos ideas esenciales.

Si bien una civilización es una síntesis más o menos equilibrada y armoniosa de principios morales, de conocimientos científicos, de instituciones sociales, de actividades prácticas y de creaciones estéticas, la que el señor Romier llama idea de civili-

zación jamás fué más rica y brillante que en Europa desde hace un siglo. Los conocimientos científicos, durante este siglo, se han multiplicado vertiginosamente al mismo tiempo que todas las formas de la actividad práctica: industria, comercio, agricultura, deporte, invenciones, etc. En ningún siglo se ha pintado, grabado, edificado y escrito tanto como en éste, tan incansable y universal.

Si la calidad de las obras se ha resentido a veces por su abundancia, el siglo XIX puede jactarse, en todas las artes, de una originalidad y de una audacia desconocidas en épocas anteriores. Otra maravilla aún más grande: el siglo XIX ha sido, a pesar de su poco fervor religioso, el gran siglo humanitario, es decir el más cristiano de los siglos. En ningún otro siglo se suavizaron más las instituciones políticas, las leyes, la familia, los métodos de educación, las costumbres, la justicia, la caridad, en fin todas las relaciones entre los seres. Ningún siglo consiguió asegurar a parte de la humanidad más orden y más libertad.

«El idealismo cristiano, impulsado por el espíritu



griego y apoyado en el orden romano ha sido la gloria de Europa», escribe el señor Romier.

¿Es, pues, esta civilización tan culta, tan humana, tan rica y tan activa la que corre el riesgo de enredarse en un conflicto mortal con la idea de nación; es decir, con su organismo político cuya idea de nación es o será la base en todas partes? No cabe duda de que cuando el señor Romier denuncia este peligro, piensa en la guerra mundial. Hasta 1914 nadie temió que los tesoros inestimables de nuestra civilización pudieran de un día a otro correr el riesgo de una destrucción total. De repente hemos visto el espíritu cristiano de la época más humana, impotente para impedir las atrocidades de la guerra más sangrienta de la historia; la prudencia de cuatro generaciones cuyas virtudes cívicas eran el ahorro y el trabajo impotente para limitar el despilfarro más gigantesco de capitales que jamás se haya visto; el sentido jurídico de la civilización, lo único que consiguió vivir bajo el doble signo del orden y de la libertad, impotente para imponer el respeto de las reglas más elementales de la guerra;

su amor al arte impotente para impedir la espantosa destrucción de obras maestras; en fin, su ciencia impotente para liberarse del odio de fronteras.

De un día a otro hemos podido comprobar que a pesar de nuestra cultura, de nuestra humanidad, de nuestras instituciones liberales y de la perfección de las leyes, el Estado podía, como representante de los intereses nacionales, ponerse por encima de todo: de la moral, de la ciencia, del derecho, de la cordura y del buen sentido. Bajo este punto de vista, nuestra civilización ha debido de reconocerse inferior a otras más pobres, más ignorantes y más groseras. Antes de la Revolución francesa, hasta los Estados más despóticos no podían aspirar a tal supremacía, pues estaban cercados por otros poderes: por ejemplo, por la Iglesia, depositaria de una ley moral que la conciencia pública consideraba, en los países católicos, como superior a todos los poderes humanos. ¡Cuán lejos están estos tiempos! En 1918 he tenido ocasión de estar en contacto, en Roma, con ciertos centros dirigentes del Vaticano. En nin-



guna otra parte se tenía una conciencia tan viva de las terribles consecuencias materiales y morales que podría acarrear una guerra ilimitada en el espacio, en el tiempo y en los medios como la que ensangrentaba Europa y Asia. Mas esta conciencia estaba paralizada por un sentimiento no menos vivo de la imposibilidad de hacer cualquier cosa para evitarlo. Si la Iglesia era impotente, ¿qué otra institución o grupo social hubiera podido obrar? Todas las fuerzas activas de la civilización europea han sido durante estos terribles años los esclavos dóciles del Estado: la prensa, la opinión, la banca, la industria, la ciencia, la universidad y la religión.

Este embargo total por el Estado de los bienes más preciados de una civilización secular nos asusta. Quisiéramos estar seguros de que ha sido una excepción y que no volverá a reproducirse. Mas ¿cómo garantizarnos contra el retorno del peligro?

El señor Romier tiene razón de pensar que sería absurdo volverse hacia el Estado y confiarle esta tarea saludable. El Estado, en sus relaciones de pue-

blo a pueblo, es la expresión misma del egoísmo nacional, y los hombres de Estado no podrían, sin faltar a su mandato, liberarse de este egoísmo. «Los porta-voz del Estado—escribe el señor Romier—van a defender en las conferencias internacionales tendencias o intereses nacidos y registrados previamente bajo el signo del particularismo nacional. Este signo no puede ser borrado por los hombres de Estado. Podrán los Estados notar los progresos de la solidaridad europea, pero no promoverla.»

Es preciso, pues, para impedir que los Estados modernos sacrifiquen a luchas cada vez más encarnizadas los tesoros más preciados de nuestra civilización, una poderosa combinación de fuerzas morales independientes. ¿Cuál? El señor Romier considera un poder espiritual análogo, en cierta medida, al de la Iglesia, durante la edad media; pero de forma diferente: «una aristocracia europea de la fe y del ideal»; una aristocracia «de la ciencia y de las artes» que guardaría la conciencia de lo que en la civilización europea es esencial, vital y superior a



los egoísmos y a las necesidades nacionales y de lo que siempre debe ser salvado.

«Son las élites las que hacen el prestigio del espíritu. Con su colaboración por medio de las universidades, de las academias; de la interpretación de las escuelas y de las influencias, lo mismo que de la depuración del gusto en la aristocracia y en la burguesía, es de donde nacerá un gran siglo europeo.»

Este es el hermoso proyecto de la «élite europea» concebido por el señor Romier. Creo que en otro tiempo Renan pensó vagamente en ello como en un espléndido ensueño. La guerra mundial ¿va a transformar en realidad este ensueño? Si su finalidad fuera confiar la unidad moral del mundo a esta superaristocracia de la inteligencia, no habrían sido demasiado grandes los sacrificios que ha impuesto. Trabajemos, pues, por la creación de esta *élite*, sin disimularnos, no obstante las dificultades, que son muchas.

La principal consiste en lo que se podría llamar la «burocratización de la cultura». En Francia no se

precaven lo bastante de sus inconvenientes porque Francia es el único país de Europa donde existe aún cierto número de centros de cultura independientes del Estado y que pueden hacerle oposición. Mas es una excepción. En el resto de Europa, las ciencias naturales, lo mismo que las ciencias políticas y morales—derecho, historia, filosofía, economía política—, dependen directa o indirectamente del Estado. La literatura y el arte son más libres; pero aunque no estén a sueldo directo del poder y obligados a servirle, no pueden impunemente desafiarle o disgustarle. Hoy todavía, en todas partes, los artistas y los letrados viven más agradablemente y trabajan con más provecho cuando consiguen captar la confianza del poder.

En ninguna parte, en Europa, existe hoy un escritor, un filósofo, un jurista, un historiador, un físico o un químico que esté en la situación que, antes de la Revolución francesa, en los países católicos, estaba el teólogo; es decir, poder hablar en nombre de una autoridad que todos consideraban superior al Estado. Las doctrinas son demasiado elásticas para



que sea difícil a un patriotismo sincero, aunque no esté estimulado por la esperanza de una ventaja personal, ponerlas siempre de acuerdo con los intereses del Estado. En los años que precedieron a 1914, los profesores de derecho internacional fueron con frecuencia llamados a dar su opinión sobre los incidentes y los conflictos que se producían a cada instante entre las grandes potencias. No recuerdo ningún caso en que uno de estos juristas haya declarado que su país estaba equivocado. Todos encontraban siempre argumentos para demostrar que el derecho estaba por parte de su gobierno. ¿Por qué? Pues porque no eran juristas que juzgaban sobre un punto de derecho, sino abogados que defendían una causa.

Es la misma situación en que están ahora, más o menos, todos los intelectuales, en todos los países. Difícil me parece que pueda cambiar de un día para otro, y mientras dure esta situación, el reclutamiento de la nueva aristocracia no será ni muy fácil, ni muy abundante.

¿Debe concluirse que la lucha entre la idea de

nación y la idea de civilización llevará a Europa a una nueva barbarie? Habría que admitir para esto que el estado de cosas creado por la guerra mundial está destinado a ser permanente.

Mientras duró la guerra, los pueblos han sufrido la dura ley de la necesidad. Todos los beligerantes sólo han pensado en salir de la lucha lo menos mal posible; mas consideraron siempre la exasperación del egoísmo nacional impuesto por la guerra como transitorio o hasta como un medio de garantizar mejor en lo futuro bienes que la guerra parecía destruir o comprometer: la paz, el derecho, la justicia y la prosperidad material. Si lo que el señor Romier llama la idea de nación ha tomado fuertes raíces en el siglo XIX, en nada se ha debilitado la idea de civilización. A pesar de las ruinas acumuladas por la guerra y del desorden moral que dejó en todas partes, somos aún la época la más sabia, la más rica y la más humana de la historia.

Los sentimientos que nos valieron esta superioridad han estado paralizados un momento, pero no han sido aniquilados. Hay que dejarlos manifestar-



se libremente para que recobren toda su fuerza. Creo haber sido uno de los que menos ilusiones se han hecho sobre las dificultades que los vencedores encontrarían a pesar de su triunfo; mas jamás he creído que Europa renegaría la parte más noble de su vieja civilización para suicidarse en una guerra interminable de amores propios nacionales.

Los hechos empiezan a probar que este prudente optimismo no estaba injustificado. Pasado el primer furor de la guerra, los egoísmos nacionales se atenuaron; poco a poco consienten en todos los pueblos, con resistencias cada vez menores, los sacrificios necesarios para asegurar a Europa un orden estable: esa «cristalización» de la paz, que, sin ser eterna, es la primera condición para volver a llevar Europa a su esplendor de antes.

Si se pudiera organizar lo que el señor Romier llama la idea de civilización, si se pudiera confiar su defensa a una *élite* poderosa e influyente, sería un triunfo. Mas los sentimientos de la justicia, del derecho, de la solidaridad, de la libertad y de la humanidad están lo bastante arraigados para impedir

hasta sin esta *élite* un retorno a la barbarie, siempre que puedan manifestarse como se manifestaban antes de la guerra.

Por esta razón parece sobre todo necesario y urgente defender la libertad—mientras se forma la *élite* europea—para salvar la civilización europea. La maravillosa síntesis realizada por Europa del espíritu griego, del romano y del cristiano correría serios peligros solamente con que en los Estados más poderosos y civilizados de Europa cayera el poder en manos de minoría armadas que, en nombre de un nacionalismo mezquino y fanático o de un ideal nuevo de dicha universal, comprimieran las más nobles y profundas aspiraciones del alma moderna. Entonces comenzaría verdaderamente una lucha mortal entre la idea de civilización y la idea de nación, porque ya no estarían en equilibrio como lo han estado siempre en Europa, a excepción de algunas crisis pasajeras.

La ligereza con que se ha jugado parte de la riqueza y de la cultura, en todos los países, al terminarse la guerra, de las doctrinas del despotismo,



me parece mucho más peligrosa para la civilización que los excesos del egoísmo nacional. La libertad política e intelectual es hoy el problema vital de la civilización europea. Esta se salvará, a pesar de la tremenda perturbación de la guerra, si la mayoría de los Estados europeos consigue conservar a todas las fuerzas morales de nuestra época la posibilidad de manifestarse libremente. Estas fuerzas son múltiples, vivaces, profundas, y contienen en sí mismas la garantía de todos los equilibrios necesarios para que la Europa de mañana sea digna de la de ayer y hasta la del equilibrio entre la idea de nación y la idea de civilización. Los egoísmos nacionales bajo todas sus formas—desde la xenofobia hasta el imperialismo—encontrarán su freno y su límite en estas fuerzas saludables. Si bien la síntesis del espíritu griego, del romano y del cristiano ha creado el esplendor de Europa, es preciso, para conservar este esplendor, dejar estos tres espíritus desarrollarse, colaborar y luchar libremente, en condiciones iguales, sin que el Estado intervenga para ayudar el uno a suprimir el otro.

El problema parece así simplificarse mucho. La suprema salvaguardia de una civilización tan compleja como la nuestra es la libertad, y por consiguiente la que en los países libres se ha transformado en la gran fuerza conservadora, hoy que las grandes fuerzas del pasado—monarquía, Iglesia, tradición, familia—han caído o disminuído; quiero decir: el sufragio universal...

«¡Qué paradoja! ¡ El sufragio universal, una fuerza conservadora... una salvaguardia de la civilización!», exclamarán muchos lectores. Sí, es una paradoja, y según las ideas corrientes en muchos medios, una enorme paradoja. Desde 1848, el advenimiento del sufragio universal es considerado por las clases conservadoras y por una parte de las clases intelectuales como una nueva invasión de los bárbaros llamada a destruir por segunda vez a la civilización. Mas esta enorme paradoja no es el espíritu inquieto de un filósofo extraño el que la ha creado, sino los acontecimientos prodigiosos, casi inverosímiles, de los últimos años. Es como una piedra angular del nuevo estado de cosas lo que los



hombres deben crear, y mientras no lo hayan comprendido no tendrán ninguna idea de la obra en la que trabajan.

Sí; hoy día, el sufragio universal no es solamente la salvaguardia de la civilización, sino que es también la defensa de Dios. ¿No es cierto que en un momento de la lucha entre la Iglesia y el gobierno mejicano, los obispos de México propusieron al gobierno, que no aceptó, someter todas las cuestiones en litigio a un *referendum* popular? La Iglesia, que durante tantos años consideró el sufragio universal como una hipótesis de Satanás, estaba dispuesta hace un año a confiarle, en México, la causa de Dios... ¿Es también la Iglesia víctima del delirio democrático? ¿Ha abrazado la causa de Juan-Jacobo? No, pero comprendió la enorme paradoja creada por los acontecimientos.

Echad una mirada sobre Europa y comparad los países que están gobernados por el sufragio universal—Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica—con los en que una minoría armada encadenó el sufragio universal—Rusia, Italia—. ¿Qué es lo que se

ve? Los primeros están gobernados por una política de medidas medias, es decir, de transacciones entre las ideas y los partidos, de conciliación entre los intereses. En los segundos las minorías dominantes aplican ideas extremas.

El contraste no es difícil de explicar. Las masas enormes de hombres—y en muchos países de mujeres también—que componen el cuerpo electoral de los grandes Estados modernos son muy heterogéneas. Todas las clases, todos los oficios, todas las profesiones, todos los intereses, todos los grados de la cultura se entremezclan. Ricos y pobres, obreros y campesinos, letrados y analfabetos, burgueses y aristócratas, sabios y mercaderes, creyentes y librepensadores, industriales y propietarios forman en conjunto la masa enorme del pueblo soberano.

Esta masa puede cometer todos los errores, tener todos los defectos que se quiera; mas tiene una cualidad: es imposible que una masa tan pesada y tan heterogénea se deje toda ella convencer, sublevar y llevar por una idea extrema. Su voluntad le romperá siempre en un gran número de corrientes diferen-



tes representadas por partidos más o menos clarividentes, y que deberán entenderse entre sí, transigiendo. Habrá igualmente en la masa corrientes extremistas, mas serán varias y opuestas y ninguna podrá dominar por sí sola. Los que no quieran estar condenados a protestas estériles deberán transigir con los demás partidos, extremos o medios. Una idea extrema jamás es aceptada si no es por una minoría homogénea; para que pueda dominar el Estado es preciso que la minoría homogénea se haga dueña sola del poder. Y es lo que el sufragio universal hace imposible.

No; jamás hubiera consentido el sufragio universal en Italia el restablecimiento del absolutismo de hace cien años. Jamás en Rusia, si la Asamblea Constituyente no hubiese sido dispersada por el golpe de fuerza de Lenine, el sufragio universal consentiría la enorme y radical destrucción que ha barrido todo en Rusia. Minorías extremas podrán en Europa provocar una ruptura definitiva entre la idea de civilización y la de nación, sacrificando o la idea de nación a la de civilización, o bien la idea de ci-

vilización a la de nación; pero el sufragio universal jamás lo conseguirá. La paz, la legalidad, la seguridad, la humanidad, la justicia, la patria, la belleza, la cultura, el imperio de la razón y la suavidad de las costumbres son aspiraciones de todos los pueblos de Europa y de América y pertenecen a las que he llamado «las voluntades profundas y permanentes» de la masa. Los pueblos pueden equivocarse sobre los medios para conseguir estos bienes o hacerse ilusiones sobre los sacrificios necesarios para adquirirlos, mas los desean ardientemente y jamás consentirán destruirlos.

Cuanto más heterogéneo y libre de organizarse y de manifestarse según sus múltiples tendencias sea el sufragio universal, menos terribles serán los conflictos entre su «voluntad profunda y permanente» y su «voluntad transitoria y caprichosa». En las colectividades como en los individuos, un capricho es siempre algo extravagante, violento, extremo: cuanto mejor resistan las masas heterogéneas de las enormes colectividades modernas a las ideas extremas, más refractarias estarán a los extravíos y a los im-



pulsos de pasiones transitorias. La libertad será en todas partes la más segura colaboradora de la *élite* que haya de velar por la voluntad soberana del pueblo para que se manifieste siempre bajo su forma «profunda y permanente».

La libertad no ha muerto, como lo pretenden los partidos revolucionarios, enemigos del sufragio universal porque éste les obstruye el paso al poder; mas su papel cambia con el tiempo, y con el papel la teoría debe igualmente cambiar. La libertad fué reclamada hace más de un siglo para liberar las energías latentes de Europa y de América, que las viejas civilizaciones autoritarias y cualitativas aprisionaban, y para acabar la conquista y la unificación del mundo, comenzadas hace cuatro siglos. Es necesaria hoy para equilibrar estas energías en un orden donde el derecho divino del número será la garantía suprema de los tesoros más preciados de la civilización. Tal es el nuevo deber del mundo, que se unifica sin un plan único impuesto desde fuera por una sola fuerza; pero se hará poco a poco en un flujo interrumpido de descomposiciones y recompo-

siciones, en una oscilación incesante de violencias que rompen antiguas cristalizaciones y de nuevas cristalizaciones que encadenan las violencias unificadoras en el momento en que harían mortales.

FIN



## INDICE

	<u>Páginas</u>
I.—La unidad del mundo.....	7
II.—China y Europa.....	15
III.—Abel y Caín.....	29
IV.—Los falsos espejimos de la unidad.....	39
V.—La torre de Babel.....	53
VI.—El pueblo soberano y sus dos volun- tades .....	65
VII.—Las negaciones de la unidad del mundo .....	81
VIII.—La americanización universal.....	95
IX.—La negaciones de la unidad del mundo .....	109
X.—Los falsos espejismos de la unidad del mundo .....	115
XI.—El peligro de la cristalización.....	129
XII.—Nación y civilización.....	145